

S-S
SERVICIO SECRETO

VIC PETERSON

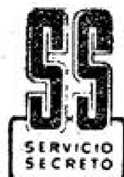
EL CASO DEL LANDRU CALIFORNIANO

EL CASO DEL LANDRU CALIFORNIANO

VIC PETERSON

El caso del landrú californiano

1.ª EDICIÓN
DICBRE. 1953



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

168 — El caso de las mellizas. 170 — Una bala para cinco 172 — Espectros en la bolera. 176 — Aprendices de detective.

PRINTED IN SPAIN

Impreso en Gráficas Bruguera. Proyecto, 2 - Barcelona



El caso del Landrú californiano

por VIC PETERSON

CAPÍTULO PRIMERO

El rutilante bar en su larguísima elipse, reflejaba en los espejos centrales muchos rostros célebres, que adornaban revistas de modas, de arte y cinematográficas.

Maniquíes, afectadamente desdeñosas, sorbían delicadamente sus jugos de fruta, sus combinados de tomate y los emparedados de lechuga y filete asado.

Era su cena, y para sus acompañantes la hora del aperitivo. Un decorador, famoso en Los Ángeles por su negativa a someterse a los gustos de su clientela, probaba el cóctel inventado súbitamente por la revelación del año en curso: la joven intérprete de una película basada en la historia de la mujer que luchó contra el alcoholismo.

El «Cosy» de la Tercera Avenida, era muy concurrido, porque acudían asiduamente a él, gente que aspiraba a triunfar, y con positivos méritos físicos en ellas.

Algún que otro reportero sufragaba la pérdida de unos dólares de su presupuesto, tomando una de las bebidas menos caras, con la esperanza de oír los suficientes chismes para su columna de noticias escandalosas.

Era la hora esplendente del «Cosy»; el «nueve a diez». Una modelo acababa de encoger los hermosos hombros, para significar con ello que le importaba poco quedarse sola.

El elegante mecenas que tiró un billete de diez dólares, desdeñando la vuelta, se marchó anunciando:

—Hay orgullos desplazados, Leila.

Leila Morrison asintió gravemente, en silencio. El multimillonario mecenas esperando que ella le impidiera despedirse, tuvo que

marcharse, al comprobar que ella no desplegaba el mohín de los vivamente rojos y gordezuelos labios.

Al otro lado de la primera modelo de «Chez Armand», un individuo alto, de pardos ojos y rostro irregular, comentó:

—Ya somos dos.

Leila Morrison en alto las cejas, se dignó mirar al que le dirigía el comentario.

Rodney Kitterman inclinó la cabeza, añadiendo:

—Usted y yo pertenecemos ahora a la original cofradía de los solitarios en este distinguido antro de aburridos que necesitan compañía para saber que viven.

—Oiga, es maravilloso —susurró ella, gravemente—. Lo ha dicho de un tirón sin asfixiarse.

—Es que pertenezco al clan pletórico de la grey plumífera, incumbiéndome barajar la retórica consistente en complicar con arabescos los trazos rectilíneos.

—Si habla siempre así, le pronóstico un grotesco final.

—No me arredra la hipótesis de sentir en mi torso la áspera caricia de la camisa de fuerza, porque mi sino es el de los temperamentos geniales.

—Esto que bebe, ¿es gasolina con alcohol de quemar?

—Es pura ambrosía del jugo cítrico en su lenta emulsión con la quintaesencia de la maceración de manzanas tersas.

Leila Morrison encontró que aquel excéntrico charlatán era feo, pero muy interesante en su flacura vestida por un buen sastre, y virilmente negligente, sin atildamientos ni detonantes llamas en busca de suscitar la curiosidad.

Le bastaba con hablar.

—Me llamo Leila Morrison. ¿Qué tal está usted cuando habla de modo moliente?

—Pasable, pero ya no soy Arnaldo French entonces, sino un muy vulgar Rodney Kitterman.

—¿Arnaldo French? Me parece que he visto esta firma debajo de líneas explosivas.

—Es mi seudónimo para el «Morning Stars».

—Estará descansando supongo, aunque tiene usted cara de fisgón bien educado.

—Lo soy. Lo oí todo desde un principio, pero me abstuve de inmiscuirme. Usted tiene la razón.

—¿Conoce de vista o personalmente a Volberg?

—Visualmente y audiblemente. Estuvo inhábil. Tiene mucho éxito con todas, porque además de millones, posee figura y talento, pero con

usted fallará siempre.

—¿Sí? Entre todo el cotorreo que zumba en torno a nosotros, me suenan sus frases a sabihondas y densas, Kitterman. ¿Por qué conmigo fallará siempre Hugo Volberg?

—Porque está enamorado.

—Se enamora con frecuencia.

—Los primeros quince días. Pero usted ya ha franqueado el límite que él mismo se fija. Con esta noche, es la vigésimo sexta que Volberg se estrella como una ola blanda contra la hermosa roca de mármol.

—Empieza a intrigarme, Kitterman. No me diga que se dedica a espiarme.

—A usted, no. Pero Volberg, sin él saberlo, me ha proporcionado muchas noticias, que después no leería, puesto que sigo íntegramente completo. Y desde el día dos de marzo en que le acecho, hasta hoy, el veintiocho del idéntico y antecitado mes, son ya veintiséis días en que Volberg la ronda anhelosamente, como un can al jamón en cuyo interior hay un hueso.

—No sé Si debo enfadarme, pero prefiero que no sea impertinente, periodista.

—No quiero incurrir en sus enojos, Leila.

—Mire por el espejo, y dígale lo mismo al que se acerca, creyendo que no le vemos. Estudie las facciones de Hugo, y adivinará sin esfuerzo que bajo el barniz civilizado arde el hombre primitivo. Pesa ochenta y dos, y practica a diario la lucha libre.

—Trataré de sucumbir gallardamente.

Hugo Volberg intervino ceremoniosamente:

—Te pido perdón por cuantas tonterías haya podido decirte, Leila. Te ruego me permitas no acompañarte hasta el coche, pero si me esperas en él, me complacerá saber que me has perdonado, y vienes a cenar conmigo.

Descendió ella del alto taburete ayudada por el millonario. Miró sonriente a Rodney Kitterman, inclinando la cabeza en saludo de despedida.

—Te espero en el coche, Hugo.

—Mil gracias, Leila.

Hugo Volberg, amplio, macizo, pero ágil y bien entrenado, llevaba con prestancia sus cuarenta y tres años.

Tenía en el azul intenso de sus ojos, cambiantes expresiones. La actual era metálica.

—Me dirigía al exterior, cuando me informaron que usted empleaba el seudónimo Arnaldo French.

—Si es a mí a quién le hace el honor de hablar. Rodney Kitterman

le contesta, señor Volberg, que una ley fatal me impone la mala costumbre de comer.

—¿Me acepta una copa, Kitterman?

—Y dos, Volberg.

—¿Martini seco?

—Me place.

—¡Va al instante, señor Volberg! —aulló el camarero en jefe—. Dos Martinis, Reserva Especial.

—Al parecer conoce usted a Leila, Kitterman.

—Las apariencias siempre son erróneas. No fuimos a la escuela juntos, pero aunque así fuera, ¿quién es el jactancioso memo que puede jactarse de conocer a una mujer, aunque lleve con ella veintiséis años?

—Veintiséis días exactos, en efecto, son los que intento merecerme el cariño de Leila.

—A cambio de su Reserva Especial, con la que brindo por nuestra provecta senilidad futura, acépteme un consejo, Volberg. Olvídese de la cantidad, y trabaje en calidad. No envíe diez orquídeas a diario, sino una al anochecer. Es cuando mejor huelen. No envíe un brazalete con siete diamantes, cinco perlas, y tres esmeraldas, envuelto todo en platino, sino un sencillo anillo de oro el mismo día en que el juez lea el artículo que le declare esposo de Leila Morrison.

—Le devuelvo el buen consejo, Kitterman. Sé encajar las indirectas. Es asunto mío y personal, casarme o no con Leila. Los comentarios que usted publica en el «Morning Stars», hasta ahora no incurren en la ley de libelo, pero he coleccionado los recortes que me aluden. No hice por conocerle a usted, en espera del momento oportuno. Creo que ha llegado.

Y bajando la voz, casi en un susurro, añadió Volberg:

—Le romperé los huesos si se entromete.

Rodney Kitterman terminó de beber, sin apartar la vista del perfil que contemplaba en el espejo.

Volberg recobró su voz normal:

—Tengo que retirarme, Kitterman. ¿Tiene algo que decirme?

—Ya lo leerá.

—¿Sí? No quisiera importunar a su editor.

—Yo tampoco. Puedo acompañarle hasta el umbral. Aquí los zumbidos con su mosconeo, resultan molestos.

Hugo. Volberg se encaminó hacia el umbral, donde ya el portero apartaba la cortina. Veíanse los coches alineados en el aparcamiento propiedad del «Cosy».

—Se oye mejor aquí, Volberg —dijo Kitterman, a cinco pasos de la abierta cortina—. Oí algo de huesos rotos, pero no sé si eran frases de

algún médico cercano.

—Lo oyó perfectamente, y no acostumbro a amenazar en vano, Kitterman. No quiero que usted se entrometa, y no vuelva a molestar a Leila. Escoja sus reportajes en lugar por dónde yo no esté, y elija mejor a las mujeres con las que habla sin ser presentado. Estuvo usted a mi lado, y ella le vio. Si le hubiera conocido, le habría saludado antes. Nada más, Kitterman.

—Nada más, Volberg. Pero mañana compre el «Morning Stars».

Rodney Kitterman, volvió la espalda dirigiéndose de nuevo al bar. Hugo Volberg permaneció unos instantes dubitativo, sonrojados los pómulos, porque repentinamente crispados los puños, sus bíceps y pectorales aceleraron la circulación sanguínea.

Hasta el mes de marzo de aquel año, mítica había perdido la calma. Y terminaba el mes, teniendo que admitir que dos personas le tenían soliviantado, por muy distintos motivos: una hermosa honesta, y un periodista insolentemente flemático.

Entregó cinco dólares al negro por haber sostenido la pesada cortina, varios minutos.

La profunda reverencia era como la del negro portero, la base ambiental que rodeaba a Hugo Volberg, el «Mecenas» protector de todo espíritu artístico.

CAPÍTULO II

Rodney Kitterman sacudió de su manga la ceniza que acababa de caer en la tela. Su vecino musitó:

—Excúseme. Me dieron un empujón.

—No tiene importancia. En ceniza nos convertiremos todos.

La risa que desgranó su vecino, hizo que Kitterman le mirase. Mentalmente lo incluyó en dos categorías: sempiterno idiota, o circunstancial borracho.

Hacía ya veinte minutos que Volberg se había marchado, y en su soledad entre muchos habladores, Kitterman preparaba mentalmente la columna del «Morning Stars» titulada, «Burbujas» que al día siguiente, con el amanecer, acompañaría en muchas puertas al bote de leche.

—Una observación muy atinada, porque es infalible. Todos terminaremos convertidos en puro polvo de ceniza macabra. Hay que beber para olvidar. Y así me olvido de lo que he venido a olvidar bebiendo. Lleva usted mucho rato solo, y yo también. Una fraternidad de coincidencia, pero yo me llamo Arthur.

—Me sienta mejor llamarme Rodney.

—¡Usted es de los míos! La sonrisa permanente. Mi apellido empieza por «P».

—El mío completo es Kitterman.

—U sea, que si el orden de los factores no altera el producto usted es Kitterman, Rodney. Y yo, Arthur Pilgrim. En confianza, este sitio ya no es lo que era. Empiezan ya a mezclar las bebidas. Yo cuando pedía un «whisky», bebía «whisky». Fíjese ahora en lo que pasa. He pedido «whisky», y me estoy bebiendo... yo qué sé. Es mejor no analizarlo. Si le estoy molestando, dígamelo con plena confianza. Pero todos hablan, y yo me callo horas y horas... Es inaguantable.

—Lo es. No me molesta, Pilgrim Arthur, sino que al contrario, uniendo nuestras dos individualidades formamos la pareja libre.

—¡Da usted en diana! Fíjese en todos. ¿Qué llevan al lado? Una mujer. ¿Qué es la mujer? Conteste, conteste —desafió el joven rubio.

—La mujer, es indescriptible, Pilgrim Arthur.

—Llámeme Artie, y le llamaré Rod, en confianza. Yo no le pienso discutir que la mujer es algo fantástico, como...

—Como un suculento filete...

—La comparación es prosaica, pero encaja. Fíjese en esto. Si yo en

vez de poesía le hubiera puesto prosa neta, no estaría ahora como estoy, bebiendo yo qué sé qué, y conste, que pedí un «whisky», sino que... ¿Dónde estaba, Rod?

—Me hablaba de su temperamento poético que le hace beber.

—Es toda una tragedia. No se la cuento, porque es vergonzoso. Es excepcional. Lo que ha ocurrido no se puede contar. No se lo creería nadie. Llevo ya unas horas libre, y no puedo acudir ni a la policía, ni a mi tutor, ni al mejor de los amigos. No, Rod, no puedo. Porque es vergonzoso.

—A su salud, Artie.

—Gracias, pero no bebo más. Y esto tiene un color horrible. Se lo dije ya. Usted pide un «whisky», y le dan yo qué sé qué.

—Es que yo pedí un jugo de tomate, y por esto el cristal transparentó rojo.

—Color de sangre.

Arthur Pilgrim dirigió una mirada vacua en rededor. Había inquietud...

—Color de sangre, aunque sea jugo de tomate, es lo que me ha suscitado esto. Mi tragedia es triple, porque solo podía ocurrirme a mí, tenía que ser de una forma, increíble, y no se la puedo contar a nadie. La mujer, cuando uno la coloca en pedestal de poesía, es objeto de desengaño. Créame. Se lo juro yo, Artie Pilgrim, que a nadie deseo mal, pero eso de colocarme en la situación más trágicamente grotesca que un hombre pueda soportar, es inaguantable. ¿Qué opina usted de Francia?

—Que está un poco lejos.

—¿Y de las parisinas?

—Que viven en la capital de Francia.

—Me agrada su guasa, porque es simpática, Rod. Y tiene usted cara de listo y comprensivo. ¿Qué debo hacer?

—Si no puede acudir a la policía ni a su tutor, Vaya a un detective privado, Artie.

—Oiga... ¿Usted cómo sabe que tengo un tutor? Excúseme... Yo mismo se lo he dicho. Es que me inspira usted confianza. Pero no se lo puedo contar. Es vergonzoso. No se vaya, Rod.

—Son las nueve y cincuenta minutos. A las diez tengo que irme. Tiene diez minutos para aburrirse en mi compañía.

—Se me figura no sé por qué que usted es escritor.

—Lo soy.

—¡Ojalá tuviera siempre la misma pupila! Debí adivinar que Friset era terciopelo recubriendo hierro. Si yo le contara mí caso, no se lo creería.

—Me han contado muchos casos.

—¡Alto! ¡Pero ninguno como el mío!

—Si usted se empeña...

—¿Cómo que si me empeño? Ah, ah... Ya le adivino. Usted con táctica me induce a hablar. Pero no puedo. Hay cosas que no pueden contarse porque son vergonzosas.

—Cierto.

—Sin embargo, dicen que los escritores conocen la psicología ajena.

—Lo intentan, pero prefieren imaginar, porque no dan una en el clavo, cuando pretenden adivinar, salvo si escriben algo que les cuentan.

—No veo qué diferencia hay entre adivinar e imaginar.

—Ejemplo práctico: yo imagino que usted, algo bebido, exagera la importancia de un pequeño suceso que mañana, a la luz del día, le parecerá gracioso.

—¿Gracioso, eh? No da en el clavo, amigo escritor.

—Pero puedo escribirlo así. En cambio, si intento adivinar, fracaso, porque me figuro que usted, enamorándose de una parisina a la que cariñosamente apoda «ricitos», descubrió de pronto que era pólvora pura, y a lo mejor le dio un bofetón, avergonzándose ahora. Y si no fue un bofetón, algo sucedió entre usted y Friset, que tiene carácter de excepcional.

—Ahora sí que dio en el clavo. Yo quisiera reírme, pero no puedo. ¿Cómo encontrar el valor para ir a decirle a otro hombre que me han secuestrado?

—Esto puede sucederle a cualquiera.

—Todos hemos oído hablar de Romeo y Julieta, de Abelardo y Eloísa, del Dante y de Petrarca...

—Del Dante y de Beatriz.

—Para el caso mío, me tiene sin cuidado. También es popular el chico que se encarama por una fachada, entra en un balcón, y se lleva en brazos a su amada.

—Y no es vergonzoso.

—¡Ahí es donde quise llevarle! Tampoco yo soy manco en psicología. ¿Usted se imagina a Julieta tocando el laúd bajo el balcón, y arriba a Romeo en pijama?

—Francamente, es una idea. Se la sugeriré a Bob Hope.

—Míreme a mí, y ríase de Bob Hope.

—Son las diez en punto, Artie.

—¿Ve usted? Se va porque está convencido que es imposible que Friset me haya tenido secuestrado treinta horas y siete minutos.

—Tiene razón, Artie. Usted pide «whisky», pero en el vaso le echan «yo qué sé».

—No se vaya, Rod. Déjeme desahogarme.

—Tengo fuera un dos plazas, modesto, pero rodante. Podemos probar qué tal nos sienta el aire nocturno. Le llevaré a dónde usted quiera, si da la casualidad que está por mi camino. Vivo en la Segunda Colina.

—Un sitio admirable. Gracias, Rod. ¡Oiga, amigo! ¿Cuánto le debo?

Miró Kitterman al camarero en jefe, que ostentaba la sonrisa del que atiende a un cliente importante.

—Treinta dólares, señor Pilgrim.

—Como estos... El resto para que compre «whisky» del mío.

Dando media vuelta, Arthur Pilgrim se asió con fuerza del brazo de Kitterman. El giro sobre sus tacones había sido una imprudencia.

Caminó erguido, y cruzando el umbral que conducía al aparcamiento, dijo:

—Tiene usted buenos músculos, amigo mío. Pura fibra férrea, y tal... Este no es mi coche.

—Es el mío.

—Ya decía yo... Usted conduce, amigo mío.

—Gracias.

Esperó Kitterman asido al volante, a que terminara Arthur Pilgrim de introducirse y sentarse en el «Mercury».

Al arrancar, el «roadster» convirtió en brisa la quietud nocturna, preludio de la primavera, con anticipo caluroso.

Arthur Pilgrim, recostado hacia atrás, manifestó:

—Mi coche es un «Packard». Podemos ahora ir al «Twenty Bocks». Dan un «whisky» aceptable.

—Puedo dejarle en el «Twenty Bocks», pero después irá a la policía, reclamando su «Packard», que ha quedado en el «Cosy».

—Esto me recuerda un día, en que el portero del «Asteria», me preguntó muy solemne cuando yo salía: «¿Llamo su coche, señor?». Le contesté: «Llámelo, y si viene, usted gana». El pobre hombre no comprendió el chiste. Aquel día estaba yo de buen humor. Es absurdo decir que iba a llamar mi coche. Primero, porque no tenía chofer. Segundo, porque se puede llamar a una persona, a un perro, a un caballo, pero ¿a un coche? ¡Vamos, hombre! ¿Está usted casado, amigo mío?

—Todavía no, pero sucumbiré algún día.

—Su novia será bonita, no lo dudo.

—Lo será, cuando la encuentre.

—Entonces, ¿vive usted sin mujeres en su casa?

—Salvo las retratadas que cuelgan de las paredes de mi modesto estudio.

—¿Somos o no somos amigos, amigo mío? Me ha inspirado usted confianza, pero sería abusar... Estaba pensando que estoy borracho.

—Dio en el clavo, Artie.

—Tan pronto baje de este coche, ¿qué será de mí? Volveré a beber... No puedo delatar a Friset ni a *Madame*. No, no... Pero es mi deber. ¿Y cómo empiezo? Vaya usted a un policía y dígale: «Oiga, jefe, me han secuestrado dos señoras». Y después, añada: «Y encontré dos cadáveres de mujer». Fíjese qué lío...

—Lo es. Sobre todo si coinciden los dos cadáveres de mujer con Friset y la *Madame*. Escuche, Artie, si cierra la boca y respira a fondo por la nariz, no se mareará.

—No soy propenso al mareo, amigo mío.

—Ya no sabe ni cómo me llamo.

—Se llama usted... yo qué sé... ¿Qué importa todo esto? Esta carretera es la del Sur.

—Vivo en la Segunda Colina, y si quiere echarse en un diván, le ofrezco hospitalidad, Artie.

—Eres todo un amigo, Chuck. Me río y debería llorar. Descubrir que la preciosa Friset colecciona cadáveres, es macabro y de mal gusto. Pero hay más.

—¿Cinco cadáveres en la nevera?

—Eres un guasa, Chuck. Contigo hay confianza. ¡Cuidado!... ¡Era un camión gasolinera!

—Lo era. Iba por su lado, y yo por el mío.

—Y ahora, cuando Friset y *Madame*, se den cuenta que ya sé que coleccionan cadáveres, volverán a buscarme. Si te estoy viendo por el retrovisor, Chuck. Te ríes con mucha guasa, ¿eh? Tienes pinta de flaco, pero engañas, porque te quise abarcar el bíceps y tuve que agarrarme del codo. Con todos tus músculos, te hubiera pasado lo mismo que a mí. Friset es cinturón negro, no sé qué grado, de esa criminal trampa que llaman yudo. Y *Madame* fue su profesora. Conque... Te hubiera querido ver a ti... ¡Caray! ¿Qué ha pasado?

La detención del coche, en el garaje, y el cese del azote del aire en el rostro del ebrio Pilgrim, le dieron lo que en el argot de bebedores califican de «puntilla».

Cerró los ojos, abrió la boca, y distendió los músculos. Sonrió beatíficamente, mientras transportándolo en brazos, Rodney Kitterman lo depositaba en el sofá del fumador.

Se removió a gusto, y no tardó mucho en roncar, mientras en su despacho, Rodney Kitterman tecleaba en la máquina.

A las once y cuarto, pasó el «recogedor» del diario, llevándose el contenido de las «Burbujas» firmadas Arnaldo French, que a la mañana

siguiente los lectores del «Morning Stars» devorarían.

En la pequeña cocina, Kitterman tomó su ración de jamón en dulce con apio, una macedonia de frutas, y un vaso de leche.

Al ir a acostarse echó sobre el durmiente, una manta. Se durmió pensando en Leila Morrison.

CAPÍTULO III

A las siete de la mañana, bajo la ducha, Kitterman volvió a pensar en Leila Morrison. Cuando se secaba, se dedicó a definir a Arthur Pilgrim, que seguía durmiendo en el sofá.

Un «niño bien», blando, guapito. Con una borrachera simpática. Giró las llaves de la cocina eléctrica, contemplando la cafetera, la parrilla con sus tajadas de pan, y la lechera.

No le era necesario leer el «Morning Stars». Sabía que cuanto había escrito no podía importunar a su editor, puesto que conocían ambos perfectamente la ley del libelo.

Pero las verdades eran escocientes, y más cuando se tenían pruebas. Había oído decir que Volberg pagaba espléndidamente a tres matones... No tenía pruebas.

Apartó los componentes de su desayuno. ¿Llevaría a Pilgrim una taza de café? Más tarde, cuando se despertase por su propia voluntad.

El sol no tardaría en actuar como despertador del jovencito que dormía arrebujado en la manta.

Desayunó, y regresó a su alcoba, empezando a vestirse. Se afeitaría en la peluquería del «Morning Stars». Quería pedir una licencia de armas.

Tres matones expertos, requerían para contenerles una pistola. Se rio de sí mismo. Pero Volberg no era ningún flojo.

Además estaba enamorado. ¿Quién no? Resultaba absurdo lo que le estaba pasando.

Seguir pacientemente los pasos de un hombre, procurando y consiguiendo pasar inadvertido, queriendo acumular pruebas porque profesaba rencor a hombres como Volberg, supuestos protectores de jóvenes artistas hambrientas, como el pobre Van Dyrk, y poco a poco, irse enamorando de Leila Morrison.

Cerró el armario, y llenó sus bolsillos. La pluma, el lápiz, el billetero, la pitillera, el llavero...

Entró en el «fumador», para descorrer del todo las cortinas. En el sofá, bajo su manta de colores, el durmiente continuaba acurrucado.

—¡Buenos días, Pilgrim! Ya la durmió, amigo. Es hora ya de irse a su casita.

Fue a abrir la puerta de comunicación con el garaje. Una casa reducida, pero agradable, aislada lo suficiente para no tener que saludar vecinos, y no demasiado, para que los proveedores le surtieran de

acuerdo con la lista que dejaba en el recuadro junto a la puerta.

Un sitio estratégico la Segunda Colina Lejos del fárrago de la ciudad, y cerca, porque solo distaba quince minutos de carretera.

—¡Arthur Pilgrim!

Se aproximó al sofá. Un soltero no vigilaba bastante a la mujer que todas las mañanas de nueve a doce, limpiaba la casa, y se llevaba la ropa sucia.

Aquella manta con salsa de tomate... Color sangre...

Bruscamente, Rodney Kitterman apartó la manta. Permaneció estático, como paralizado.

Tardó minutos en dejar caer la manta manchada de sangre. Un pobre botarate simpático...

Marcó un solo número en el disco del teléfono: El correspondiente al servicio de urgencia de la Brigada Criminal.

Anunció lacónicamente:

—Habla Rodney Kitterman, del «Morning Stars». Desde su casa de la Segunda Colina, Avenida Lincoln letra «H». Un hombre asesinado de tres balazos en mi casa. Espero.

Colgó el auricular.

Necesitaba urgentemente un café cargado. No le consolaba imaginar que Pilgrim había muerto durmiendo, sin enterarse.

Habían aplicado la boca de una pistola provista indudablemente de silenciador, en su frente, en su costado izquierdo, y en su sien del mismo lado.

A quemarropa ya través de la manta... ¿Era Arthur Pilgrim a quién querían dejar mudo para siempre? ¿O era a él?

Un lector, imaginando a Arnaldo French, podía suponerle hombre de costumbres anárquicas, muy capaz de elegir un sofá para dormir aunque dispusiera de alcoba.

Pero sus lectores todavía no sentían deseos de asesinarle... salvo un par de ellos.

Dejó la taza. Tres cafés le habían entibiado las venas.

Seguía pensando que las sirenas policiales eran siniestras. Admiraba a los policías. Gente brava, que por una paga modesta, se jugaba a diario la piel, en servicios anónimos, defendiendo la tranquilidad ajena.

Tenían derecho a ser bruscos, porque no podían perder tiempo en contemplaciones. Cada minuto de sus ocho horas reglamentarias, casi siempre prorrogables, sin paga extraordinaria, podía representar la pérdida de una vida ajena a la reticencia del criminal interrogado.

El fumador estaba ya invadido por varios individuos. Actuaban con eficacia ahorrativa. Cada uno a lo suyo.

Desde el umbral de la cocina, cruzado de brazos, esperó Rodney

Kitterman.

Siete policías. Adivinó cuál era el jefe, porque no llevaba ni cámara, ni maletín de forense, ni examinaba muebles y marcos de ventana, sino que lo inspeccionaba todo, incluido el cadáver, sin moverse del centro de la habitación.

Era pequeño, fornido, y llevaba un traje azul obscuro, donde destacaba la corbata blanca... Se abanicaba con el sombrero gris.

Los demás, de vez en cuando se aproximaban para decirle algo, regresando a su escrutinio de otras habitaciones.

Uno de ellos apartó a Kitterman, tocándole en el hombro.

Después fue el forense el que habló, y por último el policía pequeño y musculoso, dio media vuelta.

Tenía un rostro moreno, de ojos soñadores, que recordó al periodista inmediatamente, el semblante triste del antiguo galán del cine, especializado en «gangsters», Georges Ralt.

Avanzó hacia Kitterman.

—Teniente Broderick —anunció, invitador el tono.

—Rodney Kitterman, periodista, y poseedor en alquiler de esta casa, teniente.

De la cocina salía el policía que minutos antes había entrado.

Dijo Broderick:

—Estaremos más cómodos en esta cocina.

—Si le apetece una taza de café, sírvase, teniente.

—No rechazo la oferta. ¿Fue usted quien telefoneó?

—Sí.

De espaldas, acabando de colocar la taza bajo la doble bombona de filtro, el teniente Broderick continuó su interrogatorio:

—¿Algún familiar suyo la víctima?

—No. Se llama Arthur Pilgrim... o al menos esto me dijo él, y además le llamó Pilgrim el camarero jefe del «Cosy».

Volviéndose taza en mano, Broderick se dirigió a uno de los blancos taburetes, sentándose, al otro lado de la mesa. Enfrente, el periodista parecía atender a un invitado.

—Cuéntemelo a su modo, Kitterman.

—Hacia las nueve y media, Pilgrim, indudablemente borracho, entabló conversación conmigo, ensartando una serie de tonterías clásicas. Le anuncié, a las diez, que me retiraba, y quiso acompañarme. Quería ir al «Twenty Bocks» en busca de «whisky». Mejor hubiera hecho dejándole ir, pero le sugerí la conveniencia de regresar al aparcamiento del «Cosy» donde había dejado su «Packard». Estaba, como digo, completamente borracho, y me trastocaba el nombre, llamándome Chuck o Rod, alternativamente. Me pidió venir a dormir

aquí, cuando supo que yo era soltero. Cuando detuve el coche en el garaje, terminó de marearse. Le tuve que llevar en brazos hasta este sofá. Fui a escribir mi artículo para el periódico, y hacia las once y media, le eché una manta por encima. A las siete menos cinco, despertándome, fui a verle, y creí que seguía durmiendo la borrachera. No me acerqué a él. Me bastó mirarle desde la puerta del cuarto de baño. Me aseé, desayuné, y pensaba llevarle una taza de café, pero preferí dejar que el sol le despertase. Me vestí, vine a descorrer las cortinas, le llamé, y hasta que no vi de cerca las manchas de sangre que primero creí desidia en la mujer de faenas, no aparté la manta. No tuve que tocarle. Les llamé.

—El forense dice que no dispararon los tres balazos, antes de las cuatro, ni más tarde de las seis.

—No estaba bebido, teniente. Yo hubiera oído perfectamente los disparos.

—Un silenciador y a la distancia de su dormitorio, puerta cerrada, ventana abierta, sí... No pudo usted oírlos. Salvo dispararle, nada más le han hecho al que usted conoce por Arthur Pilgrim. No le han registrado, ni siquiera le han mirado la cara. Le dispararon con precisión a través de la manta, empujando para tomar la puntería. Usted es un intelectual que vive del fruto de su imaginación, Kitterman. ¿Qué opina?

—O bien alguien tenía interés en matar a Pilgrim, y le siguió hasta aquí, no siéndole preciso identificarlo, o bien querían matarme a mí.

Los negros ojos soñadores dejaron de ser soñadores, brillante en repentina intensidad la negrura.

—¿Quién quiere matarle, Kitterman?

—No creo que por ahora le haya inspirado a nadie este deseo. Pero nadie sabe nunca quiénes son sus enemigos. Yo puedo herir sin proponérmelo en mis artículos. A veces, uno escribe sobre alguien, y provoca un lío familiar. Pero personalmente no he recibido ninguna amenaza directa.

—No descarta pues la posibilidad de que alguien quiso matarle, y deduce muy acertadamente que sus «Burbujas» llevan a veces dinamita. No soy un admirador suyo, pero le leo todos los días. Sus chismorreos tienen una cualidad. Se basan en certidumbres. Un poco peligroso. Aún recuerdo, hace unos meses, cuando leí aquel párrafo sobre el capitán O'Bradley, aludiendo a sus entrevistas con una pelirroja amiguita de Quentin Sampson, que cumple condena en Alcatraz.

—El capitán O'Bradley vino a verme. Estuvo seco, pero justo. Y al día siguiente se elevó la burbuja. Aludía a que la amiguita de Sampson quería obtener del capitán O'Bradley una revisión de las

investigaciones, y no la obtendría.

—En cierto modo, usted descubre trapicheos. No están mal sus últimas flechas apuntando a Volberg. ¿Cuándo fue...? Creo que anteayer le llamaba usted «el moderno cofrade en supremacía del Tartufo»... Equivale a llamarle hipócrita redomado. Había también alusiones a un pintor llamado Van Dyrk, «el explotado inicuamente».

—Volberg no quiso matarme esta noche. Si piensa hacerlo, será con artística maestría.

—¿Sugirió algo Pilgrim acerca de alguna amenaza?

—Habló de mil cosas, desde la inmortalidad del cangrejo hasta la curvatura del cuadro. En concreto, nada. Divagaciones caóticas debidas a la euforia del «whisky».

—Es extraño que viniera a pedirle un lecho, precisamente a usted. ¿Cuánto le pagan por artículo, Kitterman?

—Cincuenta diarios.

—¿Por la calidad de su enrevesado léxico?

—Porque muchas veces di en diana, y descubrí a chanchulleros, a falsas virtudes, en fin, a los solapados Tartufos que infestan el agitado mundillo de ambiciosos que pululan por el «Cosy».

—No es pues absurdo suponer que Pilgrim vendría deseoso de sugerirle algún tema interesante.

—Puede ser que así fuera, pero estaba como una cuba. Me hizo el efecto de un buen muchacho, un pequeño botarate sin la menor maldad. Me habló de un tutor, entre otras cosas.

—Usted tiene buena memoria, y allí en su despacho habrá una máquina. Le agradecería que escribiera detalladamente cuanto acaba de decirme.

—Al instante.

—Y también «desde la inmortalidad del cangrejo hasta la curvatura del cuadro». Puede que entre las divagaciones del borracho, surja la pista. Y también... por si llegado el momento, tengo que leerle lo que ha escrito a mi petición. No se moleste conmigo, pero es usted periodista. Lo ha visto en cualquier película. El periodista se calla, para obtener un reportaje sensacional.

—No trabajo el artículo policíaco, teniente.

—Pilgrim habló con usted una media hora en el «Cosy». ¿Sentados en el bar?

—Sí.

—Los camareros, los demás clientes, tienden la oreja cuando se callan. No quisiera después reprocharle el haberse callado algo, Kitterman. A lo mejor en alguna «Burbuja» me calificaría usted de «agreste y montaraz bruto». Entiéndame, me gusta que cuando voy por

las buenas, me traten amistosamente.

—Usted gana, usted gana. Insistí tardo en que eran divagaciones de borracho, porque pueden quedar comprometidas dos mujeres, que con vida Pilgrim, podrían mejor defenderse.

El rostro de Broderick seguía siendo tristemente amable, pero su tono perdió matices amables:

—He perdido diez minutos en lograr que desembuche. Hágalo, por favor.

—Pilgrim dijo primero que era vergonzosa su tragedia, porque no podía acudir ni a su tutor ni a la policía. Dijo que dos mujeres le habían secuestrado. Como comprenderá, inmediatamente le supuse más que borracho. Aludió a que llevaba unas horas libre. Que había estado treinta horas con siete minutos secuestrado por dos mujeres. Las llamaba Friset y *Madame*. Que Friset, preciosa parisina, era yudoca. Y su profesora había sido la otra secuestradora. No dijo dónde. Insistía en que era vergonzoso para un hombre.

—Escríbalo sin sacar copia. Me bastará el original.

Rodney Kitterman entregó la relación mecanografiada de las divagaciones de Arthur Pilgrim.

No mencionaba las alusiones a las coleccionistas de cadáveres femeninos. Ignoraba quiénes eran Friset y *Madame*, pero por si existían, no quería que lo que podía ser imaginación del embriagado Pilgrim, condujera al teniente Broderick por una pista falsa.

Dos mujeres podían ser expertas en lucha japonesa, pero eran seres femeninos, incapaces de matar físicamente, como profesionales del crimen.

Tres balazos... Tres matones a sueldo. Un balazo cada uno para compartir la responsabilidad, método bastante acorde con los procedimientos del hampa, o del propio Volberg, implacable...

Dejó de meditar, porque Broderick estaba diciendo:

—Ahí tiene a unos cuantos colegas, Kitterman. Defiéndase como pueda.

CAPÍTULO IV

Kitterman se defendió cómo pudo del asedio de los periodistas, y parpadeó molesto por los fogonazos del magnesio.

—Una propaganda espléndida, Rod.

Se encogió de hombros, pensando en el pobre botarate que se habían llevado y que estaría sobre el mármol de la mesa de autopsia.

Eran las doce y cuarto, cuando volvía a ser el inquilino de su casa. El teniente Broderick al despedirse, dijo:

—Lo usual, Kitterman. Como testigo principal, será requerido a cualquier hora del día o de la noche, no pudiendo ausentarse de la ciudad, ni cambiar de alojamiento mientras dure la encuesta.

—Lo siento por el muerto.

A las doce y veinte, el teléfono llamó de nuevo. Fue a descolgarlo con mal humor, pero su rostro se iluminó.

—... ¿Rodney Kitterman?

—... Yo mismo.

—... Llevo cerca de una hora intentando comunicar, pero su teléfono está muy solicitado. ¿Sabe quién soy?

—... Cuando la rosa exhala su aroma, no le pregunto si es de Francia o es de «Pasión». Aspiro, cierro los ojos, y el paraíso es mío.

—... Hugo está furioso. Pero como usted anoche, según me ha dicho, le sugirió que en vez de joyas me mandase un anillo de boda, le seré su agradecida servidora, si deja de publicar «Burbujas» alusivas a Hugo.

—... Yo era amigo de Van Dyrk. Sigo siéndolo.

—... Son habladurías, Rodney. No debe usted enemistarse con Hugo.

—... Si me lo pide por amistad, es una cosa. Si me lo pide como futura esposa de Hugo, otra.

—... Quisiera convencerle, Rodney.

—... Invíteme a charlar cuando quiera.

—... A la una y media, me paseo por el Morgan Garden.

—... Mancillaré el jardín con mi presencia, a partir de ahora mismo. Raudo y veloz, allá voy.

—... Como quiera.

A la una y cuarto, Leila Morrison, encarnación femenina de la radiante primavera, sonrió mirando al que se aproximaba.

Las alamedas del jardín público concordaban con el hermoso día.

—Buenos días, Rodney. Procuraré ser breve.

—Cruel es el ruiseñor cuyo trino nos escatima...

—Si procura hablar seriamente, será mejor. No dispongo de mucho tiempo. Hugo quiere casarse conmigo.

—¿Y usted con él?

—Me gusta como hombre, porque creo lo reúne todo.

—Usted acapara tesoros.

—Me halaga oír sus piropos, pero no los merezco.

—Comprenda que quise enterarme de quién era el mirlito blanco que llevaba prendido del ala, al aguilucho. ¿Quiere saber quién es Leila Morrison?

—Podemos sentarnos unos instantes. Aquí mismo. ¿Quién soy yo?

—Para sus compañeros de trabajo, una buena chica. Esto me dejó asombrado. Me hice insidioso, malévolo, y ellas, aun las más malignas, persistían en que Leila era un angelito.

—Ninguna es mi amiga, y todas lo son. El mejor modo de no pelear. ¿Qué más averiguó usted?

—Comprobada la inmensa virtud, me certificaron su sensatez, vecindonas comadres... Usted era una señorita venida a menos, posiblemente una aristócrata del Este, que ahorraba, que no salía con robos, y en dos años de estancia en Los Ángeles, no le han conocido ningún novio. Comprendo que Volberg perdiera su vuelo de aguilucho y quiera convertirse en domesticado palomo. Y diré más: usted, aunque no desdeña que sea rico, no se casa por eso.

—Cordialmente, gracias, Rodney.

—Usted se casa, porque está sólita, y aunque me reviente reconocerlo, Volberg es guapo, inteligente y agradable si se lo propone.

—Anoche le amenazó con romperle los huesos. Me lo ha dicho todo.



Kitterman se defendió como pudo del asedio de los periodistas.

—Como corresponde a un futuro marido. ¿Le ha dicho también que podía haber evitado que Van Dyrk muriera tuberculoso?

—Son infundios, Rupert Van Dyrk estaba enfermo. Se marchó al Este a un sanatorio, y murió.

—Yo conocí a Van Dyrk, y él pintó en mi casa, varios cuadros. Uno de ellos era magnífico. Un paisaje de Nuevo Méjico. En cualquier exposición le hubieran dado una decena de miles por aquel cuadro. Desapareció todo, ya que nada le encontraron en su bagaje, después de su muerte.

—No sea así, Rodney. Está usted sugiriendo que alguien pudo

robarle unos cuadros de mucho valor. Hugo es multimillonario.

—Y Van Dyrk se negaba a vender sus cuadros a Hugo. ¿Sabe por qué? Porque Van Dyrk era muy sensible. Pero es una historia de la que me faltan varios capítulos. Concretemos, Leila. ¿Qué desea de mí?

—Se lo dije.

—No.

—Le dije que no desafiase a Hugo.

—Y por eso, contesto con la sílaba que en los crucigramas significa negación, además del ¡«ca»!

—Pero, ¿por qué le tiene esta inquina a Hugo?

—Por dos razones, hasta ayer. Por tres, desde ahora.

—Yo estoy hablando muy en serio, Rodney.

—Y yo, pero mi estilo es distinto. Usted es «Mimí», la romántica, y yo soy el que canta el «Ridi, pagliaci». Hasta ayer le tenía a Volberg inquina por dos razones. Porque da de comer a pintores, escritores y demás, llamándoles finamente gorrones. Y porque cuando Van Dyrk le pidió un préstamo, él le pidió el cuadro del paisaje de Nuevo Méjico.

—Era natural.

—No, porque él conocía perfectamente el carácter de Van Dyrk. Si le hubiese prestado dinero, Van Dyrk no habría tenido que abandonar el sanatorio antes de tiempo. El muy imbécil de holandés, ¿sabe en qué empleó el dinero que yo le mandaba? Lo reunió para comprarme un juego en platino de reloj, pitillera y encendedor.

—Si estaba loco... Perdón, Rodney... He sido necia.

—Gracias por quitarme la palabra de la boca. Y vamos a la tercera razón. Ya no le tengo inquina, sino odio a Volberg, porque usted será su esposa, y dentro de unos meses... se divorciarán.

—Esto es feo en usted, Rodney. Se lo tolero, porque le adivino sincero, aunque esté equivocado. Y dígame ahora, ¿por qué su teléfono estaba constantemente comunicando?

—Nada de particular. Lo empleaba la policía.

—¿Eh?

—Esta mañana, a las siete y media, encontré un cadáver en mi sofá.

—Eso es lo malo en usted, Rodney. No sé nunca cuándo habla en serio. Tengo que irme. Yo desearía que Hugo no fuera con razón su enemigo.

—Ya es tarde... Fíjese en aquel coche que acaba de pararse. Hay alguien que la sigue a usted, Leila. Y le han comunicado a su celoso Hugo que yo la asedio.

—¡Hugo no puede hacer eso por mí! Es una coincidencia. Verá cómo es una coincidencia. Es usted demasiado malpensado, Kitterman.

Al otro lado de la amplia acera que en semiarco contorneaba aquel

sector del parque, se acababa de inmovilizar un «Rolls», a cuyo volante, permaneció el Hierático chofer negro.

Hugo Volberg se acercaba haciendo jugar entre sus dedos en molinete, un bastón de junco.

Secretamente, tuvo que admitir Kitterman que aquel hombre era elegantemente distinguido, sin afectación.

Leila Morrison que había abandonado el banco, para salir al encuentro de su prometido, dijo mientras Volberg se detenía:

—Buenos días, Hugo. Yo fui quien llamó a Kitterman para rogarle desistiera de atacarte así en sus artículos. Tú y yo no debíamos vernos hasta las dos.

—He anticipado tan agradable momento—. Y Volberg, cogiendo del brazo a su novia, avanzó hacia donde Kitterman esperaba.

—Buenos días, Kitterman. Deseaba hablar con usted, y me comunicaron que usted dejó su casa para venir aquí.

—Puesto de otro modo, algún corifeo suyo me siguió. Tengo que confesar que acabo de insinuarle a Leila la posibilidad de que fuera ella la amorosamente acechada. Parece usted de muy buen humor, Volberg.

—Lo estoy porque Leila accede a casarse conmigo. ¿Te molestaría mucho, cariño, si te pidiera permiso para conversar a solas con Kitterman?

—Ayer noche dijiste que no debíamos tener secretos el uno para él otro —afirmó ella.

—Lección de táctica en el jardín del Morgan. Sea buen encajador, Volberg. Demuestre que no tiene secretitos para su futura adquisición.

Leila Morrison irguió la barbilla, y asiéndose al brazo del multimillonario, reprochó:

—Terminaré por creer lo que dicen de usted, Kitterman.

—No se lo crea todo, Leila. Si dicen que soy malévolo, aciertan, pero es mi defensa jurar que soy insidioso con un buen fin. Dejemos ahora el uso de la palabra a Volberg, que está ansioso por hablar.

—Puedo llevarle a dónde quiera, Kitterman, y hablaremos por el camino. En este decorado, sobran flores, o sobra uno de los tres.

—Yo no le invité a venir, palabra.

—¿Por qué me odia, Kitterman?

—Es excesivamente confiado en sí mismo, Volberg. No le puedo odiar, porque solo las grandes figuras inspiran odio y envidia, en las mentes ruines. Fíjese en este primor de criatura. Por dos veces ha dado un toquecito de tacón sobre la grava, exteriorizando así su impaciencia. La está ofendiendo, al concederme a mí más importancia.

—¡Voy al «Clipper», Hugo! Allí te esperaré. Y sépalo, señor Kitterman, no lloraré cuando le rompan la cara. Está usted muy

desagradable cuando se pone así de impertinente.

Se alejó ella hacia el portento gris del «Rolls», y comentó Kitterman:

—Cada lustro, nos brinda la Providencia una mujercita así. Usted le ha clavado el alfiler, y pasa a su colección. Lo desagradable es que dentro de unos meses nadie reconocerá en la ex señora Volberg, a Leila Morrison. La habrá usted transformado en una maniática, neurótica y artificial muñeca.

—No me diga... —susurró, brillantes los ojos, Volberg—. Resultaría gracioso que usted estuviera enamorado de Leila.

Kitterman pasó al otro lado del banco, y apoyando en él un pie, miró agresivamente a Volberg.

—Con esta trinchera de por medio, podremos seguir hablando a la distancia prudente. Ambos estamos ansiando rompernos algún hueso, pero soy prudente. Admito que usted también me puede en el terreno de la fuerza bruta.

Hugo Volberg extrajo de su pitillera, un sobre transparente. Lo tendió, pero Kitterman denegó con la cabeza, diciendo:

—Gracias, no fumo esta clase de tabaco.

—Lo elabora usted, Kitterman. Es el recorte de su artículo de hoy, y creo que le conviene releerlo. Esta vez ha resbalado. Voy a presentar una demanda a su editor, y conseguiré que, durante varios años, no tenga usted derecho a publicar.

—Le percibo muy radiante y triunfal, Volberg.

—Lo estoy. Voy a releer sus «Burbujas», y tome nota mentalmente cuando yo lea pausadamente. Me sentaré.

Dándole la espalda, Volberg sacó del sobre el artículo recortado y adherido a una cartulina muy flexible. Leyó con irónica solemnidad:

«BURBUJAS:

Pompas delicuescentes y esotéricas, emanaciones de Arnaldo French».

«Un frágil bambú segado por el viento, se convierte en arpa eólica. Gime, llora y ríe, según Eolo tiene el humor. Mal humor tenía H... Vol... anoche en el «Cosy». Frágil es el bambú, pero se cimbrea, sin gemir, ni llorar. No tiene huesos, sino médula. ¿Por qué entonces amenazarle con romperle los huesos? ¿Qué propiedad usufructúa el bambú hueco al lanzar burbujas, que ha conseguido encrespar al amo del viento»?

«De la grey selecta, escasa minoría ignota, brotó la vacua pompa hinchándose como globo, en cuyo torno un gran cartel dijera que si en Florencia hubo un Médicis protector, en nuestra urbe poseemos un

Mecenas que supera a Médicis, el florentino, el sinuoso que sonreía con los labios mientras sus ojos desmentían».

«Hubo un Van Dyrk, al que por eufonía de apellido se le supuso genio, aunque le faltara la «c». Murió gloriosamente, genialmente, dejando varios lienzos enrollados, sin marco. Quería llevárselos consigo a Ultratierra. No se los llevó. ¿En qué exposición han aparecido? En ninguna. Quien los tiene, ¿por qué los retiene»?

Hugo Volberg pronunció lentamente la última pregunta, continuando con la misma lentitud:

> «Él florentino acariciaba joyas que nadie más podía ver. El californiano descendiente de vándalos, es también un egoísta. ¿Es lícito que un egoísta nos robe pedazos de lienzo celeste, privándonos del derecho de ver fulgir el sol? «Apártate —le dijo Diógenes al encontrado que le hacía sombra—. Lo único que de ti quiero, es que no me quites el sol».

—A buen entendedor con pocas sugerencias le bastan. Usted tendrá que defenderse de la acusación de insinuar que yo he robado unos lienzos de su gran amigo Van Dyrk. Voy a presentar...

—Segunda reiteración de verbo en tiempo futuro. Si usted está convencido que yo sugiero que usted es un coleccionista ladrón de lienzos, defienda su virtud, y no venga a anunciarme que piensa presentar una demanda judicial.

Levantándose, y dándole frente, replicó Volberg:

—Voy a casarme, también en tiempo futuro pero próximo. Preferiría no molestar a Leila, porque si presento contra usted querella por difamación y calumnia, habré de permanecer en la ciudad, o truncar mi viaje de bodas, a requerimiento judicial... Si usted deja de atacarme, nos beneficiaremos los dos.

Rodney Kitterman obedeció a un repentino impulso. Dijo:

—¿Le ha beneficiado la muerte de Arthur Pilgrim?

La reacción sobrepasó todas las esperanzas del periodista. Hugo Volberg al apretar fuertemente las mandíbulas, dio a su rostro habitualmente sereno, una expresión de carnívoro hambriento.

Por un instante, Kitterman calculó si le convenía más golpear antes de ser invalidado por el atlético deportista.

Hugo Volberg respiró hondamente, se relajaron sus músculos, y dijo:

—Le brindaba paz, y pide usted guerra, Kitterman. Lo lamentará.

Dio brusca media vuelta, encaminándose con paso rápido hacia el «Rolls» que llevaba un rato esperándole.

Sentándose en el banco, Kitterman silbó entre dientes... ¿Por qué la mención de Pilgrim había alterado tan visiblemente al millonario mecenas?

Meditó de nuevo en la sugerencia del teniente Broderick. ¿Le vino a buscar Pilgrim para contarle algo y al beber con exceso se difuminó en su mente el verdadero motivo de la conversación?

Eran extremadamente interesantes las dos francesas: *Madame* y Friset. La yudoca y su profesora, que según Pilgrim le habían tenido secuestrado treinta horas y siete minutos.

Dirigiéndose hacia donde tenía aparcado su «Mercury», decidió que apenas hubiera almorzado, indagaría primeramente quién era el tutor de Pilgrim. Después, quiénes eran Friset y *Madame*, las cuales, sin duda alguna, pronto iban a ser sometidas a interrogatorio por el teniente Broderick.

Pasó por entre un «Leyland» y un «Vanguard», para llegar hasta su coche. Se agachó instintivamente, al oír algo semejante a un silbido...

Se tiró en plancha, sin la menor virilidad, porque otro silbido repercutía con choque metálico de balazo contra el guardabarros de su «Mercury».

Manchado de grasa, doliéndole las rodillas y las palmas de la mano, estimó que estaba muy grotesco, pero con vida, al salir de debajo su coche.

Se arremolinaba gente, y oíanse toda clase de comentarios. Un guardia, con la eficaz táctica de apoderarse del primer sospechoso como presunto culpable, le ayudó a levantarse rápidamente.

Otros iban diciendo:

—Circulen, circulen...

CAPÍTULO V

En pie, Kitterman miró primero el abollado guardabarros, y la muesca del radiador. Después se acomodó al empujón penetrando en un coche patrulla, donde a su lado se instaló el que le había ayudado a levantarse.

—Para no tener que repetir declaraciones, podría yo efectuar la primera ante el teniente Broderick, si le da igual.

—Este distrito es jurisdicción del capitán Seymour. Él le interrogará cuando mis compañeros sepan a qué atenerse.

—Iba yo a mi coche, cuando oí el soplo de un silenciador. Es un silbido que identifico, porque una vez quise oírlo. La primera bala me iba a los riñones, la segunda pretendía cazarme en mi estirada. Es una ventaja tener coche anticuado.

Un coche arrancó precedido por un motorista, y en el ocupado atrás por Kitterman, se puso al volante otro guardia.

Condujo en silencio, para detenerse poco después ante un edificio de la Barbarían Coast, en cuyo umbral el globo de cristal, sin encender, llevaba el número del Sector, qué también flanqueaba a ambos lados sobre el dintel la mención:

«B. I. C.». (Brigada Investigación Criminal).

Permaneció Kitterman en el centro de lo que podía parecer una oficina, salvo que los que escribían a máquina, llevaban una funda pistolera.

De un despacho volvió a salir el que había acompañado al periodista, invitándole a pasar con un gesto.

Entró Kitterman, y el individuo que tras una mesa estaba compulsando varias hojas mecanografiadas, levantó la vista.

—Siéntese. Le han disparado y usted no repelió la agresión. Ha citado al teniente Broderick. Soy el capitán Seymour.

—Encantado. Me llamo Kitterman, soy periodista, y esta madrugada mataron a un hombre en mi casa, por lo que fue el teniente Broderick a interrogarme. Por esto le mencioné ahora.

—Le dispararon en el aparcamiento doce del Morgan, desde un coche, que pudo escapar por una lateral del aparcamiento. Dígame quién y por qué.

—Lo ignoro totalmente.

—Si se reserva para el teniente Broderick, comete un error.

—Puedo jurar sobre una Biblia que no vi quién me disparó, ni

conozco las razones por las que me han disparado.

El capitán Seymour acalló el tintineo de un teléfono, cogiéndolo. Escuchó unos instantes y colgó.

Había dicho tan solo:

—... Muy bien. Ahora mismo.

Miró al periodista.

—Le llevarán al departamento del teniente Broderick. Quizá tenga que volver aquí. Si ha de volver, por favor, no pretenda llevar usted mismo investigaciones que estamos pagados para llevarlas. Dele recuerdos a Broderick.

Y el capitán detective volvió a sus rutinarias comprobaciones de la diaria labor.

En el mismo coche, el agente al lado de Kitterman, aceptó un cigarrillo. Comentó, tras encenderlo:

—Se salvó usted por milímetros. Tiene buenos reflejos. ¿O iba ya prevenido?

—Puro reflejo, y algo llamado presentimiento. Le habrá pasado a usted, estando en algún sitio, sentir en su nuca una mirada, que le incita a volverse. Yo lo que sentí fracciones de segundo antes del doble silbido, fue que alguien y algo me amenazaba. No puede explicarse lógicamente. Una vez, en un autocar, a la salida de un viraje, me agarré al respaldo delantero, y así no me rompí nada cuando el autocar embistió a otro. Lo había presentido.

—Hay quién posee esta cualidad —aseveró, plácidamente, el policía.

Poco después, repetía el mismo gesto invitador, tras una breve permanencia en un despacho lateral de una sala también oficinesca, con individuos que atendían a declarantes, o a teléfonos.

Las secciones policíacas tenían más trabajo de lo que hubiera imaginado cualquier ciudadano, pensó Kitterman cuando entraba en el despacho del teniente Broderick.

Este, secándose los labios con una servilleta, apartó la bandeja. Posó sus soñadores ojos en el recién llegado.

—Está usted de moda, Kitterman.

—Estoy sucio de polvo y grasa, pero podría en estos momentos estar desnudo y en pedacitos bajo la mirada de un forense.

—Para evitar un trabajo extraordinario al capitán Seymour, hábleme con franqueza. Si le apetece un café, en este termos hay para los dos.

—No vendrá mal, teniente. Desde que me protegí bajo mi coche, no he bebido nada, y tengo la garganta seca. Es indiscutible que alguien quiere matarme.

—Me pasma su talento deductivo. Es también indiscutible que nadie mejor que usted sabrá quién quiere suprimirle.

—Poco antes de las doce y media, me llamó por teléfono Lela Morrison, la futura esposa de Volberg. Quería que yo dejara de atacar a su futuro. Me citó en el Morgan, y estábamos charlando, cuando apareció Volberg, Sabía que nos hallábamos allí, porque envió alguien a enterarse de dónde andaba yo. Me mostró el recorte de hoy, y me anunció que iba a demandarme judicialmente por difamación. Se fue. Subió a su carroza dorada, y yo fui hacia mi carrito. Pasaba entre dos coches, cuando presentí, sin razonarlo, que me iba a pasar algo. Me agaché, y por eso la primera bala no me dio. La segunda menos. Y desafío a cualquiera a que metido bajo un coche, con las piernas fuera, sea capaz de ver desde dónde le toman por muñeco de feria Tendió Broderick el tapón-vaso del termos que tras enjuagar bajo el grifo del lavabo contiguo, rellenó de café. Ya había bebido por dos veces, antes.

Apuró Kitterman con satisfacción el brebaje.

Sin sentarse, Broderick alzó el pulgar derecho, dando contra él con su índice izquierdo:

—Primero matan a Arthur Pilgrim en su casa. Si lo hubiesen matado para que no le revelase nada, era elemental prudencia matarle también a usted.

—Segundo... Habiendo sido más fácil matarme en casa durmiendo, se arriesgan a hacerlo a pleno sol. ¿Creen que sé algo que me ha contado Pilgrim, y que es importante?

—Usted pasó por entre dos coches. ¿Seguían allí, después de los disparos?

—El «Vanguard», no. Generalmente tengo la mala costumbre de fijarme en las marcas, antes que en las personas que van dentro. Modificaré en el futuro esta costumbre.

—Una sabia medida si le dan tiempo a aplicarla. He leído con atención las divagaciones de Pilgrim, redactadas por usted. Nada hay que haga presumir peligro para usted. Y tengo la convicción de que fueron a matar a Pilgrim. No hubo error. Pero ahora, es desconcertante este intento contra usted, salvo si no tiene relación con la muerte de Pilgrim.

El teniente Broderick esparció unas hojas sobre la mesa, hasta encontrar una cartulina que leyó, diciendo:

—El señor James Bulver asegura que no le conoce a usted.

—Es recíproco. ¿Quién es el tal?

—Era el tutor de Arthur Pilgrim. Tampoco le conocen Daniele Mornay, ni Françoise Ambriére, que llevan desde las doce cuarenta replicando con el mismo disco a la misma pregunta. Son las que

Pilgrim llamaba «Friset» y «*Madame*», respectivamente.

—¿Dio con ellas?

—Fue fácil. Bulver las conocía perfectamente. Es usted un testigo de primera calidad. He de advertirle que Daniele y su amiga no están detenidas, sino clasificadas como «convocadas», y tengo pues margen de tres horas para interrogarlas. Lo están siendo por separado, y alegan lo mismo, muy sinceramente. ¿Qué opina de la sinceridad femenina, Kitterman?

—Hay hombres que mienten, y mujeres que son sinceras.

—Gracias. Clasifique a Daniele primero.

Broderick se acercó a la puerta, abriéndola, y regresó al cabo de unos instantes.

Se sentó tras la mesa, explicando:

—Están en la sala de testigos. Hasta ahora ignoran que es usted quien recibió las últimas confidencias de Pilgrim. No le anticipo cómo son ni de qué viven. Tengo la idea de que usted puede valorar la materia prima.

Se puso en pie Broderick, para añadir ceremoniosamente:

—Espero que sabrá excusarme, señorita Mornay, por las molestias necesarias que soporta.

Kitterman también en pie, miraba a la que vino a sentarse, atendiendo a la indicación del teniente.

Físicamente, una delicia, engañosamente frágil, verdaderamente rubia, con exquisito rebuscamiento atinado de cada ingrediente desde los zapatos hasta el broche y agujón del sombrerito.

No había equívocos. Tanto podía ser la hija de un rico industrial francés, en viaje turístico, como una artista famosa del tinglado parisino, en exportación selecta.

—Le presento a Rodney Kitterman, periodista.

—¿Cómo está usted? —dijo ella.

Un encanto de pronunciación, en dominio del inglés londinense.

Se limitó Kitterman a asentir, para sentarse, porque ya Broderick exponía:

—La han estado reiterando mis agentes una pregunta, señorita Mornay. Se la reitero. Pilgrim dijo que durante treinta horas usted y la señora, Ambriére, le retuvieron secuestrado. ¿Por qué motivo?

Ella sonrió con mohín aburrido.

—Arthur es un excelente amigo, pero tiene manías. No le vimos. Permaneció en nuestro chalet playero, y se fue cuando quiso. Hemos sido informadas de que teníamos que atender una convocatoria, y no conocemos las leyes californianas, pero en París, si se diera un caso semejante, lo primero que harían sería enfrentarnos con el

denunciante. Nunca pude imaginar que Arthur, tan buen chico, cometiera esta excentricidad. Es ridículo que nos acuse de secuestro. En París, a esta acusación la llamarían idiota.

—Ya ha oído, Kitterman. Defiéndase.

Miró la parisina al periodista, que molesto, dijo:

—Pilgrim me dio toda clase de detalles. Usted es experta en yudo, y *Madame* ha sido su profesora. Sus cabellos tienen ricitos muy graciosos, y Arthur Pilgrim, confidencialmente, aludió a «Friset», y era sincero al afirmar que ustedes le secuestraron. No quería ir a la policía. Me tomó por confidente.

—Es absurdo lo que dice este caballero. Puedo admitir que Artie, que no resiste muy bien la bebida, diga necedades, pero que la policía importune a dos extranjeras, puede tener una desagradable consecuencia, porque al salir de aquí pienso reclamar ante mi cónsul. Antes, requiero la presencia de Arthur.

Broderick parecía desentenderse del tema, porque miraba a un punto indefinible por encima de la cabeza femenina.

Entornó los párpados, al oír que decía Kitterman:

—Arthur Pilgrim no puede aportar pruebas, porque le han disparado tres balazos. Yo tuve más suerte, porque escapé de las dos balas que me destinaron. Y supongo, señorita Mornay, que usted y *Madame* no saben dónde resido ni son partidarias de madrugar. Mataron a Pilgrim hacia las seis de la madrugada.

Daniele Mornay estaba anonadada, o lo fingía con gran talento. Hizo algo muy patético. Avanzó los labios, convirtiéndose en una niña con llantina. Rebuscó en el bolso, hasta que un pañuelito color crema, demostró que sus largas pestaña no eran falsas ni necesitaban rímel.

Susurró, al cabo de un largo silencio:

—Pobre Artie... ¿Quién pudo matar a un muchacho tan adorablemente simpático?

Broderick estaba en la puerta, manteniéndola abierta. La mujer que entró era una perfecta demostración de que cuando se lo propone, una francesa, al traspasar el umbral de los treinta, no es identificable en edad, hasta rebasar la cincuentena.

Françoise Ambriére podía tener según los momentos, veintiocho años o cuarenta y siete, Kitterman le calculó unos treinta y cinco.

Era lozana y espléndida, morena y voluble. Tendió un índice acusador hacia Broderick:

—¡Reclamaré ante el Embajador si es preciso! Es vergonzoso. Ya sé lo que es el tercer grado. Estos sujetos que pretenden ser finos, preguntando, preguntando... Y haciendo llorar a una mujer como Danny...

—Han matado a Arthur, Francis.

—¡Oh, *le pauvre chéri!* ¡No es posible!

—Siéntese —invitó Broderick.

Irguióse agresiva «*Madame*», incendiarios los negros ojazos.

—Comprendo las ironías, señor policía. No voy a desmayarme. Y puede estar seguro de que el Embajador sabrá quién es usted.

—Soy John Broderick, teniente de la Brigada Criminal, en investigación sobre los móviles del asesinato de Arthur Pilgrim, y han sido ustedes dos convocadas a responder de la acusación de secuestro formulada por Arthur Pilgrim poco antes de morir asesinado. Nada más. Con toda cortesía, el Sargento Goodrick las devolverá a su domicilio, y las convocaré de nuevo, cuando sea menester. De momento, hay treinta horas en blanco en las postrimerías de la vida de Arthur Pilgrim. Señora, señorita... Al servicio de ustedes y de la Ley.

Françoise Ambriére realizó una salida majestuosa. Daniels Mornay esperó unos instantes, para decir:

—Perdone a mi amiga. Es un poco vehemente. En todo cuanto pueda yo ser útil, disponga, teniente. Buenos días.

Cerró Broderick la puerta, y regresando sonreía en rictus desprovisto de amenidad.

—Me parece que usted le es poco simpático a Danny. Pero estaban ellas dos aquí, mientras le baleaban a usted. Y los tres asalariados que Volberg tiene a sueldo, como «guardaespaldas» contra los importunos mendigos, comían en grata compañía y ha sido testificado por gente honorable. Descartados pues Volberg y ellas dos, queda usted libre de solicitar escolta, hasta que sea hallado el «Vanguard» ¿Está seguro de no ocultarme nada?

—Me gusta la existencia con todas sus trivialidades. Quiero vivir... Y no soy tan cristiano como para encubrir al que pretende atentar contra la única propiedad sin renovación.

—¿Qué le ha parecido Danny?

—Una porcelana irrompible.

—Lloró con fineza.

—Casi de veras. Pero si es actriz...

—Lo es. Pero está de vacaciones. Alquiló un chalet por tres meses, y ha visitado a varios productores. Terminará por consumir celuloide, si no tiene nada que ver con las balas de esta madrugada y las que han recogido en torno a su «Mercury». Vaya a ver al tutor de Pilgrim. Anote estas direcciones. Son las de Bulver, y del chalet playero.

—¿Es también actriz la morena *Madame*?

—Viuda de un campeón ciclista, y rica, está convencida de que es guionista. De su gremio, casi. Ninguna de las dos ha dado el menor

trabajo a la policía de ningún país. Danny formaba como damita en una compañía parisina. Riñó con el director, y hace ya dos meses que reside en California. Júzgueme como quiera, Kitterman, pero estoy completamente despistado. Si circula libremente, le pueden matar, y si le doy escolta, serían dos los cadáveres. Como usted es dueño de su piel, aconséjeme.

—Han matado a Pilgrim, y si logro averiguar por qué, a lo mejor averiguo de rechazo, por qué me han disparado desde un «Vanguard» color guinda. Y confío en usted, teniente. Si me matan, usted llevará a la cámara al asesino. Ahora iré a comer, y después de rezar, iniciaré mis gestiones con el tutor. ¿Quién hereda de Pilgrim?

—Su tutor es de por sí millonario. Pilgrim estaba judicialmente considerado pródigo. No ha hecho testamento. No le retengo más.

—El capitán Seymour...

—Le convenceré de que usted es más provechoso circulando, que retenido. Suerte, Kitterman.

—Que la Providencia le oiga.

Broderick, desde la puerta, ondeó la mano como si empujara al periodista. Se apartaron los dos policías que cerraban el paso, y en la calle vio Kitterman su «Mercury».

La abolladura del guardabarros y el roce del radiador, no eran muy visibles. Se apartó el guardia, tras mirar a lo alto, hacia una ventana.

Kitterman al poner el contacto, se repitió mentalmente que lo primero que tenía que hacer era cambiarse de ropa, y mantener quieta la imaginación.

Pero mientras conducía no podía dejar de mirar con demasiada frecuencia el espejito retrovisor.

CAPÍTULO VI

Le seguían doliendo las rodillas, y tenía un poco entumecido el hombro derecho, pero estaba a gusto en su traje limpio, y plácidamente confortado por la sabrosa comida, devorada con apetito y terminada a las cuatro y diez de la tarde.

Eran horas intensas, pensó, mientras al dorso del «menú» del restorán mejicano de la playa de Santa Rosa, doce millas al sur de Los Ángeles, escribía:

> «Si acude el tutor, iré con él a la casita playera. Pilgrim podía estar borracho, pero era sincero cuando se refería a su secuestro. ¿Y si Danny necesitaba capital para sufragarse ella misma la gran película? Lo que Pilgrim llamaba secuestro, podía ser intento de convertirlo en capitalista productor. Pero Pilgrim aludió al dominio del yudo de Danny...»

Aplicó a la hoja la llama del mechero, y fue haciendo girar el extremo del cigarro habano, hasta que chamuscada, y convertida en cenizas la hoja del menú, aspiró el aromático humo.

Al lado de la ventana, podía apreciar el paisaje. Azul en el cielo, más denso en el agua, blanco de arena, rojizo de rocas. No faltaba nada. La playa californiana por excelencia.

Pequeños chalets entre pinares en la punta norte de la concha. Grandes edificios de diverso estilo en el resto de la bahía. Un embarcadero para yates y balandros.

Desde San Francisco hasta San Diego, habría un centenar de playas como aquella, iguales hasta en su nombramiento elegido en el santoral.

Y paradores como aquel, con rentistas envejeciendo bronceándose, parejas clandestinas, artistas pretextando que necesitaban quietud para trabajar...

No dudaba que James Bulver, el tutor, acudiría, como había prometido, al oír por teléfono que su comunicante, que estaba comiendo en el «Panchito's» de Santa Rosa, era el último confidente de Arthur Pilgrim.

Volvió a mirar a la muchacha que se aburría, encaramada en el alto taburete del bar central. Las sandalias amarillas, el pantalón pirata de un rojo vivo, el floreado pañuelo que podía ser la pieza alta del bikini, o una blusa exigua, eran prendas accesorias.

Lo esencial era el cabello castaño desparramándose sobre los

desnudos hombros, la flacura fotogénica del rostro, el desdén de los ojos verdiazules, la incitación de la roja boca carnosa.

Kitterman tenía momentos en que atendía a su instinto. El estómago le pedía un segundo café, que decidió tomar en el bar.

No se encaramó en el taburete vecino a la muchacha desdeñosa y aburrida.

Miró por el policromado anaquel de bebidas, y adivinó que ella le estaba calibrando. Le gustaba aquella muchacha, que tenía la procacidad de la fruta ácida. Unos veinte años a lo sumo.

Flaca de piernas y brazos, tenía un desarrollo contundente, que resaltaba más al ser dividido por la estrechez del talle.

Ella bostezó, dándose unos golpecitos con el dorso de la mano. Una mano larga, afilada, de uñas plateadas.

«Estás esperando al tutor de Pilgrim, para ir a visitar la casa donde Pilgrim te dijo que había cadáveres femeninos. No seas majadero. Esta Eva en otra ocasión sería el ideal para intentar la comprobación de si es limón o frambuesa. De todos modos, es soberbia esta criatura. No es bonita, fíjate bien».

—Antonio, dame un paquete de «Chester».

Una voz áspera, que debía ser deliciosa cuando se suavizara. Era el momento.

Se anticipó al camarero, presentando su pitillera de platino. Ella miró y dijo:

—Son «Chester». Tenemos el mismo gusto.

—¡Ojalá! Mientras tomaba el postre, vi el letrero bajo su estatua. Cambié varias veces el título de la obra de arte. Podía ser «Indiferencia», «Devoradora», «Frigidez», «Un cráter en la nieve», pero lo que no variaba era el modelo. Usted.

—¿Escultor? —preguntó ella, mientras cogía la mano en la que Kitterman sostenía el mechero.

«Tiene electricidad esta boba, o yo estoy en tensión. Es boba, no cabe duda».

—A ratos lo soy.

—He posado para pintores, pero así me dieran una capa de armiño, no cuenten ya conmigo, todos ustedes. El que menos está como para que lo amarren. Ya me figuré que usted era algo por el estilo. Pero viste bien, y tiene gusto.

—Por eso estoy aquí, y eso que espero a un hombre de negocios. ¿Vive usted en Santa Rosa?

—Temporadas. Es mío el chalet que desde aquí se ve. Aquel que tiene el solárium en la tercera terraza, bajo el alero redondo.

—Si es el vecino del dos plantas, usted conoce a las dos francesas.

—Dos presumidas que se las dan de intelectuales. ¿Por cuál viene usted?

—Por ninguna, aunque desde hace media hora, he cambiado de idea. Me llamo Rodney.

—¡Segunda coincidencia! Mi último marido se llamaba también Rodney. Él me dejó el chalet al morirse.

—¿Exhausto?

La risita fue un compendio de perversidad imbécil.

—Solo he tenido dos maridos. El primero era un niño, y sus padres no descansaron hasta lograr el divorcio. Bueno, ¿y por qué le cuento todo esto?

—Porque los dos somos interesantes. Me gustas, te gusto; así empieza la eterna melodía. Arpegiemos, Betty.

—Usted es un poco fresco, me parece. Pero se lo consiento, porque me estoy aburriendo desdé ayer, en que me quedé sola.

Betty Risko se alisó la parte del floreado donde estaba boro de su nombre.

Kitterman se reprochó ser tan asequible a los tipos de mujer como aquella, que le recordaban su gran pasión puramente sensual hacia Lola, la modelo mejicana de Van Dyrk.

Había un parecido entre Lola y Betty...

—Tan pronto liquide mi asunto con el que ha de venir aquí, ¿dónde puedo aspirar tu aroma, Betty?

—A lo mejor vengo a cenar aquí, o iré a bailar hacia las siete al «Corsair». Pero prefiero advertírtelo. Nunca soy como pensáis, y si pretendes enamorarme, desengáñate. Si me diviertes, puede que nos riamos, pero yo no tengo ya corazón.

—Ni yo. Pero tienes la piel muy blanca, los ojos muy turbios, y a mí los licores dulzones no me gustan. En cambio, un combinado de menta, ginebra, angostura y mucho hielo, me da calor en las venas. Así eres tú, menta.

Volvió ella a reír como si tuviera un resorte que cada tres minutos funcionara.

Kitterman le dio un toque en el hombro, diciendo:

—Hasta luego, vampiresa escalofriante.

Junto a su mesa, un camarero atendía a un individuo.

Alto, pulcro, James Bulver era la imagen de la distinción.

—Yo soy, señor Bulver, Me aparté un poco de la mesa número ocho. Me llamo Rodney Kitterman...

—Lo supuse sin dificultad, puesto que el teniente Broderick ya me informó.

—¿Tomará algo?

—No, gracias.

El camarero se alejó, y Kitterman sentándose, esperó.

—Lo siento, pero me temo que está usted siguiendo un camino equivocado, señor Kitterman. Arthur era un excelente muchacho, pero tenía una inventiva prodigiosa, desde que se imaginó con dotes poéticas. Conozco a Francis y a Danny. Si Arthur estuvo un día y medio en el chalet, fue muy libremente. Después si bebido, insinuó que le habían secuestrado, debió usted adivinar qué era lo que Arthur entendía por ironía. Estaba muy enamorado de Danny. Ha sido un golpe muy duro para Danny... y, francamente, señor Kitterman, ella no se merecía lo que ha soportado.

—Yo me limito a reproducir lo que Pilgrim me reiteró. Y si Pilgrim está muerto, es porque lo asesinaron en mi casa. Respeto mucho la galantería, normalmente, pero ahora tengo que sacrificar convencionalismos. Los técnicos han dictaminado que no hubo error, sino que era a Pilgrim a quién dedicaron los tres balazos. ¿Y cuándo? A raíz de estarme contando muchas cosas. Y a mí me quisieron alojar dos balas este mediodía. Comprenderá que no puedo pararme en convencionalismos. Usted le tenía cariño a Arthur Pilgrim. Ayúdeme pues.

—Estoy muy dispuesto a prestar mi colaboración, pero no a molestar a Francis y Danny.

—Danny no puede molestarse, si comprende qué mi finalidad es encontrar al que mató a Pilgrim. Ella puede saber cosas que usted mismo ignore. Un hombre enamorado hace confidencias. De momento ella no recuerda, y de pronto, ata cabos... Tengo la certeza de que yendo solo, ellas no me recibirían.

—He sabido que usted firma una columna de... murmuraciones. Podría perjudicar a Danny.

—En absoluto, si no me trata hostilmente.

—Bien, como quiera. Le acompañaré.

Pagando. Kitterman asintió cuando desde su alto taburete, Betty Risko le dedicó un guiño.

Trató de hallarse a sí mismo una excusa, diciéndose que ella era vecina del chalet donde, según Pilgrim, había dos cadáveres femeninos.

En la rotonda, Bulver se dirigía al emparrado bajo el que se alineaban tres coches. Penetró en el «Lincoln», cuyo color gris armonizaba con la librea del chofer.

Kitterman recogió del bolsín de sus dos plazas, una cartera. En ella tenía su libreta de taquigrafía, y un juego de lápices.

James Bulver no hacía ningún esfuerzo para ocultar que estaba a disgusto, mientras el «Lincoln» se deslizaba por la amplia cinta

asfaltada hacia el punto norte de la bahía.

—Es hermosa esta playa, y tranquila.

—¿No la conocía hasta ahora?

—Simplemente de paso.

—Le creí familiarizado con el ambiente.

—¿Lo pensó por la chica del bar? La sobremesa se prolongaba... Es una «medio profesional», actriz, como Danny.

—Las comparaciones son odiosas, y sobre todo ahora. Yo puedo certificarle la absoluta moralidad de Francis y Danny.

—Yo puedo certificarle que no elegí a Pilgrim como huésped candidato al asesinato. Él me habló de una habitación donde estuvo secuestrado.

—Le consideran inteligente, y sin embargo prestó usted crédito a un deficiente mental. Arthur no hubiera necesitado tutor, porque tenía veintiséis años, aunque pareciera de menos edad.

—Si asesinaran a todos los deficientes mentales, sobreviviríamos muy poquitos.

—La muerte de Arthur me ha afectado, y deseo sea castigado el criminal, pero el propio Arthur no hubiera deseado que Danny fuera importunada.

El «Lincoln» contorneó un pinar, para penetrar poco después bajo una arcada formada por las ramas de alineados árboles.

La verja del chalet «Sunrise» debía estar abierta de día, o lo más posible era que sus inquilinas hubieran visto llegar el coche de Bulver.

En la larga galería, Françoise Ambriére continuó sentada, sonriendo al besamanos de Bulver. Dijo:

—Danny tiene una jaqueca horrible.

—Te presento al señor Kitterman, Francis.

—Ya sé quién es el caballero. Evidentemente, tiene usted razón para desear indagar, y nosotras, si algo supiéramos, ¡qué no haríamos! con tal de vengar al buen Artie.

—Gracias en nombre del muerto. Mientras pudo hacerlo, me habló de muchas cosas. Entre otras, de este chalet. ¿Consideraría ofensivo, *Madame*, que me atreviera a hacerle preguntas anotándolas, así como las respuestas?

—Ofensivo, no. Impertinente tan solo. Pero si le agrada sentirse aficionado detective, me someto.

—Somos colegas, *Madame*. Me refiero a que también yo procuro escribir.

—Posiblemente resultaría usted interesante con su extraña mezcla de simpatía e insolencia, Kitterman, pero le ruego no exagere la nota. En efecto, yo «también procuro escribir». Me va usted a servir para

plasmar el periodista yanqui, ingenuo en su insolencia.

—En mi futura novela, usted será la amable parisina condescendiente con el descaro juvenil.

—*¡Vous êtes un granel muffle!* —sonrió ella, agriamente—. No se lo traduzco, pero acaba usted de hacerme la peor ofensa. Yo suponía que disimulaba muy bien los cuarenta y tres años que tengo.

—¡Prodigio! No lo es que aparente usted treinta a lo sumo, sino que confiese su edad, *Madame*. Es usted furiosamente sincera. Hasta lo ha sido al decirme en francés que yo soy un gran «gamberro», nuestro equivalente al «búfalo». Fui a una escuela de pago, y la profesora de francés me abrió el apetito para llegar a dominar hasta en sus reconditeces la lengua de Chevalier. ¿En qué habitación le fue aplicada a Pilgrim una llave de yudo?

—Artie se equivocó, y pretendió abrazar demasiado estrechamente a Danny. Fue como la torpe y sana caricia de un perro grandote y confianzudo. Danny se limitó a salir del abrazo.

—¿En qué habitación?

—En el estudio.

—¿Tienen servidumbre?

—No la necesitamos. Nos gusta estar en la intimidad.

—¿Le extrañaría que quisiera visitar habitación por habitación?

Hasta entonces silencioso, intervino Bulver:

—Respete la jaqueca de Danny, Kitterman.

—Si Arthur pudiera tener jaqueca, yo no estaría comportándome tan groseramente. Pero usted, *Madame*, además de hermosa, es inteligente, aunque quiera escribir. Mi deseo es cerciorarme de dónde pudo estar secuestrado Arthur.

—Jimmy, estoy segura que Danny agradecerá mucho tu visita. Quiero evitarte la molestia de oír al joven periodista.

—Si me necesitas, llámame, Francis.

Miró Kitterman su reloj, y el minutero había recorrido medio minuto, cuando Françoise Ambriére murmuró:

—¿Le habló Arthur Pilgrim de dos cadáveres femeninos?

CAPÍTULO VII

—Vea, *Madame* Francis, estos ocho signos que acabo de trazar, se traducen textualmente por: ¿Le habló Arthur Pilgrim de dos cadáveres femeninos?

—Usted quiere ver la casa, y la policía se ha limitado a recorrerla muy discretamente durante nuestra ausencia. Por lo tanto ellos no saben lo que usted sabe. Danny ha considerado mejor dejarme a mí que le explique lo sucedido. Seré brutalmente sincera, Kitterman.

—Cierro mi libreta y abro las orejas, Francis. Consiéntame esta sinceridad. Yo solo quiero vivir, y lo puedo lograr, si atrapan al que mató a Pilgrim, y quiere matarme. Pero le advierto una cosa. El teniente Broderick parece un romántico *gigoló*, y puede convertirse en un energúmeno.

—Esto es lo que pretendo evitar. Nos trataría como a vulgares aventureros, y no lo somos. Yo quiero mucho a Danny, pero no poseo bastante capital para financiarle una película. No secuestramos, en términos yanquis, a Arthur. Le impedíamos irse... Teníamos el consentimiento de Bulver, que invertiría un tercio de su fortuna, y aprobaría tan pronto Arthur consintiera en aportar el resto que se necesita para que dirija Joseph Baroncelli.

—Arthur iba a casarse con Danny.

—Pero no quería invertir su dinero en ninguna película.

—¿Reteniéndole aquí lo iban a lograr?

—Artie era infantil. Pensábamos convencerle, y le dijimos que aunque tuviera que estar recluido aquí años, no le dejaríamos irse hasta que firmara el documento preparado por Bulver. Pero Artie logró engañarnos, fingiendo estar agotado, y pidiendo a Danny que fuera a buscar a su tutor, con el que quería consultar si era buen negocio nuestra película. Le enseñamos el presupuesto: alquiler de estudio y personal, primer actor...

—Y se ahorraba el guion y la primera damita. Pasemos a los cadáveres.

—Cuando Danny se fue en busca de Bulver, yo que vigilaba a Artie, y créame que hubo momentos que no hubo más remedio que aplicarle un poco de yudo suave, porque pretendía abusar de la situación, me adormilé porque le oía respirar ruidosamente. Estábamos en el estudio, y después he deducido lo que ocurrió. Artie siguió respirando ruidosamente, pero como las puertas y ventanas estaban cerradas con

llave interior, en mí poder, se dedicó a explorar las paredes y el suelo, alzando alfombras y apartando cuadros y tapices. Encontró un estrecho pasillo, que nosotras desconocíamos. Le enseñaré el pasadizo que en su infantil y truculenta búsqueda encontró Artie. Debió pisar los dos cadáveres tendidos uno al lado del otro. Dos mujeres, sin trazas de violencia, posiblemente envenenadas. ¿Fue obra del inquilino? Nosotras decidimos buscar a Artie, temiendo a cada instante que nos pudiera creer unas criminales. Y decidimos, ante la policía, negar el secuestro, y no haber visto ningún cadáver. Hemos negado, porque… ¿entenderían ellos que para Danny es una obsesión triunfar en el cine?

—La creo en todo, Fruncís. Pero tarde o temprano encontrarán los dos cadáveres…

—Intentaremos alquilar una casita por Los Ángeles. Le advierto que solo un muchacho alocado como Artie, podía dar con el complicado mecanismo que abre el pasadizo, en su busca de escapatoria. La pobre Danny es muy sensible. Está materialmente deshecha, pero se lo hice comprender. Revelar este pasadizo, y sus dos cadáveres, ciaría la razón al pobre que le dijo había sido secuestrado. Seríamos tratadas como dos vulgares aventureras.

—Cuando en realidad lo que deseaba usted era proporcionar a Danny su gran ocasión, y tal vez a Pilgrim un buen dividendo de beneficios.

—¡Eso es! ¿Me cree, verdad?

—En todo, pero, ¿qué pasará con Broderick, si se entera?

—Jimmy no lo sabe, y ya ve… le soy agradable. He sido sincera con usted, porque creo era el único medio. Si revelar la existencia de estos dos cadáveres, sirve para encontrar al asesino de Artie, vamos al instante a ver al teniente Broderick.

—Es asunto ajeno. Dejemos las dos muertas en paz, hasta que pase un cierto tiempo, y sea otro el inquilino. ¿Cuál era el anterior?

—Brian Forbes, un pintor, que estuvo aquí apenas un mes.

—¿Brian Forbes, pintor? —anotó Kitterman—. ¿Y quién es el procurador?

—Este grupo de chalets pertenece a una compañía de Los Ángeles. La «Wensley Beach». El apoderado para arrendamientos es el abogado Funger.

—Ustedes pueden rescindir el contrato cuando quieran, y tienen un buen pretexto para abandonar esta casa. No es preciso que entre yo a ver nada. Explíqueme con detalle dónde están y cómo pueden hallarse las dos Evas difuntas, y veré el modo de que sean descubiertas, sin comprometerme ni comprometerlas a ustedes. Fíjese bien, en que si Broderick averigua que hemos ocultado este punto, nos va a sobrar

tiempo en la cárcel para escribir El Quijote en tres idiomas.

—Yo le agradezco mucho su noble actitud, Kitterman.

—Todo sea por el arte. Y cuente con mi apoyo propagandístico. ¿Sabe Bulver lo del secuestro?

—L e hemos dicho que nos limitamos a ser tercas en buscar los medios para convencer decorosamente a Arthur.

—Bien. Tenemos un secreto entre tres. Y a los tres nos interesa conservarlo. Cuando descubran los dos cadáveres, y veré el modo de que sea pronto, se darán cuenta que fueron muertas las misteriosas damas, anteriormente a la estancia de ustedes. Yo trataré de encontrar a Brian Forbes, el pintor. Y voy viendo algo. En el «Cosy» pudieron oír a Pilgrim mencionar los dos cadáveres. Por eso le mataron y tratan... de hacer lo mismo conmigo. Hay un fallo. ¿Por qué no me mataron esta madrugada, que era yo víctima propicia en mi cándido sueño?

—Le estoy complicando... ¿Por qué se calló esta parte de lo que le dijo Artie?

—Lo tomé por alucinaciones de borracho, y no quería que el teniente Broderick las estuviera interrogando hasta el término de doce horas, sin abogado. En fin, ahora ya es tarde. Inventen lo que sea para irse lo antes posible a Los Ángeles.

—La película, aunque nos faltan aún ochocientos mil dólares para completar el presupuesto; sin que esté cubierto en su totalidad, Baroncelli no quiere empezar el rodaje.

—¿Es que el guion lo escribía usted para Cecil B. de Mille?

—Es de época, acerca de los Valois, y hay...

—No me lo cuente. Tengo ya una olla de grillos en la sesera. Beso su mano, Francis... Oiga, es tersa y suave como el dorso de un bebé. ¿Por qué no secuestra ahora a Jimmy?

—No posee el capital suficiente. Es usted un buen chico, y le tengo afecto, porque nos está ayudando. Las dos pobres infelices, no dejarán de ser vengadas porque se tarde unos días más en descubrirlas. Si el teniente Broderick sabe que hemos hablado...

Usted le dirá que empezamos insultándonos, y terminamos por quedar de acuerdo en que Arthur, bebido, habló de secuestro, inexistente, y prolongamos la charla hablando de los Valois. Ya nos veremos por la ciudad, Francis. Y si alguna nochecita se aburre mucho, yo me brindo para lo que se le ofrezca.

—Váyase ya, muchacho —rio ella—. Ya vuelve a ser impertinente, aunque es siempre halagador para mí. Lo triste sería no encender una llamita en los ojos masculinos. Pero nada más, Rodney.

—Es una lástima. Dígale a Jimmy que le pediré a su chofer me devuelva al sitio donde tengo mi carrito. ¿No tiene amigos que puedan

correr el riesgo de fundar una sociedad que lanzaría, una emisión de acciones?

—Danny es desconocida en esta Meca del cine, y yo también. No hemos encontrado a nadie dispuesto a arriesgar dinero.

—Cambio de idea. No está lejos mi coche. Andando se me despejará la mente. Hasta pronto, Francis.

—Hasta pronto, Rodney.

Franqueado el umbral, contorneando los pinares, Rodney Kitterman trató de ahuyentar una sospecha. ¿Era Francis tan maquiavélica que adivinándole secretamente caballeroso, había estado jugando maravillosamente su papel de sincera?...

Dejó de pensar, porque era de nuevo la parte menos espiritual de su cerebro la que se galvanizaba al reconocer a Betty Risko en la indolente figura tendida sobre el césped, sombreada por el pinar que en declive llegaba hasta la playa.

No era extraño, puesto que ella era la propietaria del chalet vecino al que contenía como inquilinas anónimas, dos mujeres sin tumba cristiana.

CAPÍTULO VIII

—Hola, tentación.

—Esta es una propiedad particular, y has saltado el seto.

—Saltaría murallas con tal de ganar por recompensa la delicia relativa de ver amanecer a tu lado, Betty.

Ella acabó de reclinarse contra el tronco, reptando un poco hacia atrás. Se encogió de hombros, abrazándose las rodillas.

—A lo mejor te figuras que estaba esperándote. ¿Y qué es eso de «delicia relativa»?

—La alondra mata con su graznido el trino del ruiseñor nocturno.

—Tienes cara de «gangster» y hablas como un poeta. ¿Liquidaste ya tu negocio en casa de las francesas?

—Casi, casi. ¿Conociste a Brian Forbes, el pintor?

—Este era el que estuvo unos días de vecino mío, antes de que llegaran las francesas que acabas de visitar. Por cierto, que resultó curioso. Le sentó muy mal al pintor, no haberse leído bien el contrato de arrendamiento. Cosas que pasan.

Betty Risko bostezó, desperezándose. En el menor de sus gestos, había trivialidad, y procaz llamada.

Rodney Kitterman se olvidó del pintor y su contrato de arrendamiento, porque estaba aplastando con su busto y boca a la que al principio, ante el brutal ímpetu del ataque, pareció someterse. De pronto, al relajar un instante su presión Kitterman, ella mordió y arañó salvajemente, debatiéndose con nerviosa energía hasta liberarse.

Quedaron ambos en pie, pasándose el periodista su pañuelo por la boca y mejilla sangrante.

Betty Risko, con mueca despectiva, dijo:

—Fuera de aquí, hombre listo. Te creí inteligente y eres uno más, como un vulgar viajante de comercio que cree tratar con una cualquiera. Fuera, antes que te eche.

—¿Qué me eches, gatita? No hay razón. Sabes defenderte, y estamos en paz, Te doy palabra que no repetiré la alevosidad sin premeditación. Me acaloré tontamente. Pido humildemente excusas, y te juro que tendrás que pedírmelo de rodillas insistiendo mucho antes de que vuelva a condescender en hacerte donación de mi sangre.

—No tienes gracia, Rod.

—Ni lo pretendo. Me está bien empleado. Por una vez que me incendio a destiempo, me hielo súbitamente. Me servirás de modelo

para alguna novela. Los dominas con desdén, ¿no, fea? Y a mí el desdén me subleva. Me aparto, como el que viendo un muro alto, prefiere, dar media vuelta. Con que, no me eches, fea. Me voy, que no es lo mismo.

Forzó ella una sonrisa.

—No lo tomes a lo trágico, Rod. Podemos ser buenos amigos, si te mantienes a la debida distancia. No hay que confundir mi llaneza con otra cosa.

—¿Llaneza, hija mía? Llamo ampulosidades que... Dejémoslo. Ale agraciaría disponer de un poco de desinfectante exterior e interior.

—Tengo un bar monísimo en mi estudio.

—Adelante, pues.

En el chalet, amueblado con semejanza al habitado por las parisinas, un rincón del estudio se esquinaba en bar diminuto.

Un coñac destilado en Canadá con etiqueta jerezana, cortó el fluir del labio inferior y mejilla izquierda del periodista, que tras beber dos copas, se prometió no volver a ridiculizarse como un colegial apasionado, ni obedecer a primitivos impulsos.

—Creo que antes de comprobar que eres carnívora y felina, hablábamos de un pintor llamado Brian Forbes.

—Eso es.

Betty Risko se sentó con las piernas dobladas a un lado. Había risa burlona en sus ojos.

Pero Kitterman no aceptó el desafío, permaneciendo junto al bar.

—Hablabas de no sé qué de un arrendamiento...

—Forbes no debió leerse bien la cláusula que decía que si un inquilino abandonaba el chalet por más de siete días, sin dejar constancia de su ausencia, significaba con ello, que renunciaba a seguir ocupándolo. Estuvo en Nueva York una quincena, y al volver se encontró el chalet alquilado por las parisinas. Armó un alborote según me dijeron; pero nada pudo hacer.

—¿Estará por Los Ángeles el tal?

—Le vi no hace mucho. Nos conocemos.

—¿Le mordiste y arañaste?

—No fue preciso. No me gustaba.

—Ah... Tengo pues esperanzas. A tu salud. ¡Demontres! Esto es aguarrás. ¿No tienes nada mejor?

—Se me acabaron las reservas. Pero si te acercas al bar, compras champaña, y si me dejas veinte minutos, me cambiaré de ropa. Salgo ganando cuando me visto bien. Podremos bailar aquí, y después bañarnos, o al revés.

—Puedo concederte dos horas, porque necesito bañarme. Iré en

busca de tu champaña. ¿Alguna marea favorita?

Ella tarareó en detestable francés:

—*Ce soir, j'ai besoin d'amour...*

—Yo lo prefiero seco.

Abandonó Kitterman el chalet, y atravesando los pinares hasta llegar al sendero, decidió no volver. Le molestaba que una mujer jugase con él.

Además le convenía mantenerse despierto en sus sentidos, hasta solucionar el enigma de la muerte de Pilgrim, porque a la vez suponía solventar su propia seguridad.

Era urgente encontrar a Brian Forbes, el inquilino que desconocía la cláusula drástica de los contratos de la «Wensley Beach», y «armó un alboroto», al ver su chalet con dos cadáveres femeninos dentro, habitado por dos féminas vivas.

Y después, quedaba Volberg.

Llegando al bar, se encontró pidiendo champaña francés. Se maldijo cuando en su coche, alineaba las tres botellas de capuchón dorado.

Pisando el acelerador, estuvo a punto de girar el volante, para tomar el acceso a la carretera general, pero el «Mercury» siguió rodando hacia el chalet.

Admitía que era un majadero, pero tenía su hora «mala». Y la coincidencia de que Betty Risko le recordaba mucho a Lola Gonzalo, la modelo que posó para Van Dyrk.

La mejicana que incitaba y abofeteaba, hasta que se rindió. Era más embriagador aquel recuerdo que lo serían las tres botellas cuando quedaran vacías.

Ya prevenido, no volvería a comportarse tontamente. Perdería dos horas en baño y baile, si era preciso, pero tenía pupila, y sabía que al final, Betty Risko sería suya.

Bajó del coche, colocándose bajo el sobaco uno de los frascos y llevando en cada mano otro.

Empujó con el pie un batiente de la puerta lateral que daba acceso al estudio, y fue a colocar las tres botellas sobre el diminuto mostrador.

—¿Qué tal?

Giró sobre los tacones.

Sin maquillaje, destacando en su palidez enfermiza la roja herida de los labios, desmelenada casi grotescamente, enfundada en tejido de punto rojo con apliques blancos, realzaba su altura por los exagerados tacones, Betty Risko sonreía desdeñosamente.

Por lo visto, no sabía sonreír de otro modo...

«Prende la verde llamita, enrojeciendo con exasperante sigilo, y

bebo, apurando, condolido, el turbio licor que me enajena convirtiéndome en furia, en gimiente trasgo...»

—¿Qué estás hablando? —preguntó ella, con desgarro.

—Yo no. Era Verlaine, en las «Flores del Mal». O Baudelaire. Ya no sé, pero ¿qué importa? ¿Qué importa el fresco, si me produce embriaguez? Eso es de Villon.

Taconeando ella se acercó a la radiogramola, haciendo funcionar el molinete de veinte discos. Dijo:

—Tienes cara de «gangster», eres antipático, y me gustas.

—Es recíproco en la simpatía, uno de los infinitos matices del elemento primicio del trato social. Pero ni tú ni yo vamos a ser sociales.

Harry James soplaba un estridente clamor, que pareció despertar a unos violinistas dormidos. Betty Risko bailaba admirablemente, y Kitterman durante tres discos, fue bailarín.

El cuarto disco, melodía afrocubana donde Duke Ellington arpegiaba en intervalos rítmicos, enardeció a ambos bailarines.

Kitterman pasó a descorchar un frasco.

Tres discos funcionaron en balde. Cuando sonaba el inicio del octavo, un «triplex» de Charlie Kuntz, ella indicó que un baño al crepúsculo era algo muy delicioso.

Añadió que si él la soltaba, se pasmaría cuando contemplase su bikini, legítimo hawaiano.

Kitterman afirmó solemnemente que siendo previsor había traído su pantalón de baño, y que si ella salía, se mudaría allí mismo.

Empezó a desnudarse, mascullando:

—Es el infernal coñac, que rebelándose contra el tonificante burbujeo, combate ahora mi sistema defensivo y pone en grave apuro mi resistencia demostrada. Un baño crepuscular, y nada más.

Se llevó las dos manos a las sienes, en repentino reflejo asustado. Había sido como un fulgor de miríadas de estrellas ante los ojos.

El mazazo alevoso, recibido sin saber de dónde en el estudio en penumbra, produjo la lógica consecuencia.

Cayó de bruces, brazos abiertos, manos extendidas. No pudo notar que en su diestra, se deslizaba la culata de una automática.

Quedó sin sentido, aprisionando y entibiando la «Luger» en la que faltaban tres balas.

CAPÍTULO IX

La primera visión que tuvo al abrir los ojos, le dejó perplejo. Tenía la barbilla inclinada sobre el pecho, y al batir las pestañas, antes de preguntarse por qué le dolía tanto la cabeza, vio los dos aros y la cadenilla acerada que formaba un arco entre sus dos muñecas.

—Ya era hora. La cogió usted mala, amigo.

Prefirió primero ver dónde estaba, antes de cerciorarse de quién era el que le hablaba, a sus espaldas.

Un despacho vulgar, casi modesto, desconocido. Le dolía mucho el lado izquierdo de la cara latiéndole como si tuviera un flemón.

No le era difícil deducir que aquella parte de su rostro estaba hinchada, porque por más que se esforzaba no conseguía abrir más el medio cerrado ojo izquierdo.

Otra voz dijo también a sus espaldas:

—Eche un vistazo a las dos fotos, Kitterman. Las tiene sobre la mesa, delante de usted.

Un foco, que proyectaba su haz sobre él, y sobre un corto rectángulo de la mesa delante suyo.

Miró.

Dos magníficas fotos que acreditaban la pericia y oficio del fotógrafo.

La primera hubiera ilustrado con acierto la primera plana de una revista truculenta.

Se veía sobre una estera un hombre de bruces, en pantalón y mangas de camisa. Aplastaba con la diestra una pistola.

Frente a él, medio sentado, la cabeza hacia atrás, un hombre con tres manchas obscuras. Una en la frente, que se extendía cara abajo. Otra en el pecho, al costado izquierdo. La tercera le negreaba la sien del mismo lado.

La segunda foto, la misma estera, pero el hombre de bruces, estaba boca arriba. Era Rodney Kitterman.

El otro, seguía sentado, con las mismas manchas, y reclinado de nuca contra el borde inferior del diván.

—Ya las vio, Kitterman. Y ahora sea buen chico y al grano.

Una tercera voz, amable, invitadora.

Siempre a sus espaldas.

Y el foco calentándole la cara. Ladeó un poco el cuello, para presentar el lado del perfil intacto.

La voz que había hablado primero, no tenía nada de amable.

—¡Hable ya, Kitterman!

El segundo policía actuaba de elemento intermedio. Ni amable ni amenazador. Simplemente práctico.

—El médico le metió la sonda, y rebosaba usted de alcohol, periodista. Siempre es una atenuante.

El tercer policía, debía estar sonriendo, a juzgar por el tono:

—Vamos, Kitterman, no se inquiete. Nos pasa a cualquiera beber una copa de más. Y estando de por medio una chica, no nos gusta que nos den en la cara. El inoportuno le pegó, y usted apretó el gatillo. Esto le pasa a cualquier ciudadano.

Rodney Kitterman se pasó la lengua por los labios. Dijo:

—Una taza de café me sentaría gloriosamente, señores.

—¿Por qué no? Explique brevemente lo sucedido, y nos beberemos los cuatro un jarro de moka.

—No es preciso conmigo todo este decorado, señores.

—Simple rutina, Kitterman. Usted es un intelectual y si empieza a argüir, nosotros en este decorado, nos callamos. Usted se cansa de argüir, y comprende que necesita café. Pagamos el café, y apagamos el foco. Y usted se va a dormir tranquilamente, hasta que un buen abogado le saca libre, invocando la legítima defensa.

—¡Al grano, Kitterman!

—No le azucéis así. El hombre necesita acabar de reponerse. Estuvo casi una hora apuntillado entre los puñetazos que recibió y el alcohol que no acabó de quemar en las venas.

Rodney Kitterman alzó la cabeza, cerrando los párpados. Habló con lentitud:

—Conocí a Betty Risko esta tarde en el parador de «Santa Rosa». Fui a su chalet, bailamos, y me dijo que iba a cambiarse de ropa para que fuéramos a tomarnos un baño. Estaba yo disponiéndome a desnudarme pura colocarme el pantalón de baño, cuando creí que era el mal coñac que mezclado con el champaña, me producía aquel repentino pinchazo en las sienes. No recuerdo más, hasta que me he visto esposado.

Remó a sus espaldas un largo silencio táctico. La voz gruñona comentó, al cabo de unos minutos:

—No está bien hacernos eso, periodista. Usted no es un vulgar maleante. ¿Qué va a ganar, intentando mentir?

—Va a perjudicarse así, Kitterman. En legítima defensa, al ser sorprendido por uno de los galanes de Betty, usted hizo lo que le incitó a hacer la bebida.

—Declare llanamente, Rodney, y los cuatro nos iremos a descansar.

—¡Maldita sea mi estampa! ¡Pero...!

Se interrumpió humillado. Acababan de darle un toquecito en la coronilla, y la voz gruñona reconvino:

—Hay un letrerito que dice que seamos corteses, Kitterman. ¿No lo somos? ¿No estamos procurando tener paciencia franciscana? Imítenos. Si vuelve a chillar, nos ofendería.

—En otro no nos asombraría, Kitterman. Pero en usted, nos decepciona esta infantil imbecilidad en negar lo que es tan evidente.

—Betty chilla cuando entra el celoso. Usted suelta a Betty.

—El celoso le atiza un directo.

—La pistola.

—Legítima defensa.

—Pierde el sentido.

—Pero antes tiene la sabia precaución de telefonear, avisándonos. Muy bien hecho, Rodney. ¿Por qué lo estropea todo ahora? Ande, sea buen chico.

—Creí que apenas pudiera hablar, ni siquiera hubiéramos tenido que preguntarle nada, Kitterman.

—Está bien. Apaguen el foco, y traigan café. Debe ser que me continúan los vapores.

—Eso es hablar, periodista. Trae café, Adams. Apaga el foco, Johnny.

Cesó el ardor del rostro. Latía solo el lado izquierdo. Oyó rumor de suelas deslizándose.

Abrió los ojos. Luz eléctrica, derramándose desde el techo. Tras la mesa se instaló un hombre con aspecto de tendero bonachón.

A su lado, en pie, un larguirucho de perfil aguileño, atrajo hacia sí una máquina de escribir. Se sentó, y empezó a teclear masticando chicle.

Precedido por el aroma, se aproximó el tercer policía, colocando una taza de café delante, en la mesita. La cogió Kitterman con las dos manos esposadas.

Cesó el tecleo cuando terminaba su café. Le quitaron la taza. El bonachón tendiendo un cigarrillo, habló demostrando ser el poseedor de la voz gruñona y amenazadora:

—Al grano, Kitterman. Esta es la comisaría rural de Santa Rosa. Hacemos constar como lo leerá, que usted mismo nos avisó. Ahora vaya dictándole a Johnny.

Aspiró Kitterman una bocanada y exhalándola, fue diciendo con lentitud:

»—Voluntariamente, sin coacción, y habiendo recuperado el normal sentido, declaro como sigue: Estando en el chalet del que es inquilina

Betty Risko, y mientras ella iba a mudarse, para tomar un baño en la playa, sentí un golpe. Perdí el sentido, y no recuerdo nada más.

El de la máquina dejó de teclear. Se miró las manos, y rezongó:

—Parece mentira. ¿Ve usted, jefe? Lo tratamos con guante blanco y nos está rizando la cabellera.

—¿Juega a la amnesia, Kitterman? Le advierto que está pasado de moda el truco.

—Le sirvo de camarero al señor, y ahora se pone listo. Escuche, Kitterman. ¿Se cree usted que estamos aquí comadreando para pasar el tiempo mientras terminamos los calcetines de punto azul? Sabe usted sobradamente que esto es pura rutina.

—No puedo inventar, para ahorrarles tiempo. ¿De qué se me acusa?

—Lo hace muy bien. Fijaos, muchachos. Lo hace muy bien. Pero oiga, Kitterman, ¿es que va usted a burlarse de tres padres de familia casi numerosa? Johnny tiene un hijo con anginas, y está rabiando por volver a casa. Habla, Adams. Eres el persuasivo.

—Usted mismo telefoneó, para a trocitos decirnos que acababa de defenderse del ataque de un energúmeno que anduvo ya buscándole el bulto por la mañana. Dio la dirección, pidió por el teniente Broderick... y cayó al suelo, dejando caer el auricular. ¿Lo ve en la foto?

—¿Qué yo...? Pero, ¡si ni conozco a este de la foto!

Johnny abandonó su asiento y la máquina. Vino a sentarse a un lado de la mesa, mirando con el busto adelantado a Kitterman.

—Yo soy el que está rabiando por ir a casa. Mi chico tenía mucha temperatura cuando le dejé. Por un tipo como usted, huelgan las contemplaciones. Es estúpida su actitud.

—Yo no telefoneé.

—Ya recuerda que no telefoneó. Tiene una memoria de corriente alterna.

—Vamos a dejarle solo un rato, Kitterman —anunció el llamado «jefe» por los otros dos agentes, levantándose—. Vámonos y dejemos meditar al señor. Puede que esté aún un poco entontecido. Bebió alcohol de quemar.

A solas, Kitterman cerró los ojos. ¿Qué infernal trampa le habían tendido?

Era lógico que aquellos tres policías empezaran a impacientarse.

«Un energúmeno que ya le había buscado el bulto por la mañana»... había dicho por teléfono.

Su cabeza no regía coordinadamente. Nunca le pareció tan melodiosa una voz, aunque dijera algo tan absurdo como lo que estaba diciendo al entrar en el despacho, el teniente John Broderick:

—¿Qué me va a contar, coleccionista de cadáveres?

CAPÍTULO X

John Broderick examinó las dos fotos, mientras se sentaba.

—Es una trampa infernal, teniente. Se lo juro a usted por lo más sagrado.

Alzó Broderick la mirada. Sus soñadores ojos eran inquisitivos.

—He estado oyendo todo cuanto ha dicho a los tres colegas. ¿Quiere hacernos creer que conoció esta tarde a Betty Risko?

—¡Esta tarde, solo esta tarde!

—Y en la alcoba de la nena, hay un retrato de usted, en un marco, dedicado así: «A mí sirena, Rod».

—¿«A mi sirena, Rod»? ¡Oiga, esa foto la dediqué yo, pero hace mucho tiempo, a obra! ¿Estoy de perfil?

—Francamente no le acabo de entender, Kitterman. Es un asunto clarísimo. Forbes encelado le dispara...

—¿Forbes? ¡Oiga! ¿Brian Forbes? ¿El pintor?

—Está usted trabajándose el examen psiquiátrico, y es torpe por su parte. No se haga el locuelo. Todo está demostrado. Brian Forbes poseía un «Vanguard» color guinda. Yo cometí el error de creer que no había equivocación, y que querían matar a Pilgrim. Fue Forbes quien disparó tres balazos, y usted inconscientemente repitió la misma cantidad contra Forbes, esta tarde. Su error fue no hablarme de Forbes y de Betty.

—Pero ¡Betty dirá la verdad! ¡Dirá...!

—Ya lo ha dicho. Y por eso mismo, no sé qué pretende usted, Kitterman.

—¿Qué dice ella?

—Que varias noches le visitó en la Segunda Colina, y que enterado Brian Forbes, su celoso antiguo amigo, que quería volver a arreglarse con ella, juró que le mataría a usted. Es pues un trágico error en Forbes, lo que mató a Pilgrim. Cuando lo descubrió, decidió enmendar, disparándole desde el «Vanguard». Volvió a fallar, pero cuando esta tarde al entrar en la alcoba de Betty se dio cuenta que usted estaba en el estudio, bajó a pelear. Betty, asustada, corrió al chalet vecino.

—¡Condenada embustera, condenada tramposa! Todo esto es un apaño, para colgarme a mí la muerte de este Brian Forbes, al que nunca hablé.

—No es preciso hablar con un hombre, para birlarle la novia. Aunque Betty confiesa haber tenido bastantes novios. Oiga, Kitterman,

estaba usted bebido y repelió una agresión. Hay atenuantes, y no creo que le echen más allá de tres años por tenencia ilícita de armas. De todos modos, si le aumentan la condena, será por callarse lo que debió exponerme. Hubiéramos vigilado a Betty, y habríamos cogido a Brian Forbes. Haga su declaración, y pasará a mi jurisdicción, por precedencia de caso de muerte en la persona de Arthur Pilgrim. Pura rutina. Firmada su declaración, vendrá conmigo, y en Los Ángeles le sobrarán abogados defensores.

—La fotografía que dicen haber encontrado en la alcoba de la embustera esa... Se la di yo a Lola Gonzalo. Busquen a Lola Gonzalo. Verán como es un apaño, cuya finalidad no alcanzo a comprender.

—Usted, borracho, peleó contra Forbes, disparándole.

—¿Dónde compré o adquirí la pistola?

—Eso pregunto yo.

—Pero, ¡es absurdo todo esto!

—Lo absurdo es negar la evidencia. Usted, al telefonear...

—¡No, no y no! ¡Yo no telefoneé!

—Me he emborrachado un par de veces. Luego me han contado lo que dije e hice. No he vuelto a probar el alcohol. Declare y firme. Es mi consejo amistoso.

Miró Kitterman al teniente Broderick. Había mucha amabilidad sincera... Murmuró:

—Firmaré y que me dejen tranquilo ya, teniente.

Se levantó Broderick, y entraron John, Adams, y el comisario rural.

Tecleó la máquina, y Kitterman declaró:

»—...me produjo el alcohol una extraña indisposición. Al ser atacado, me defendí, y disparé, logrando asirme al teléfono y hablar, perdiendo luego el sentido. No era mi intención matar».

—Firme aquí —invitó el comisario rural, mientras tomaba de nuevo posesión de sus esposas.

Firmó Kitterman, y dejando la pluma sintió de nuevo el cerco acerado en su muñeca derecha. El otro brazalete se cerró en rededor de la muñeca izquierda del teniente Broderick.

Anduvieron en silencio hasta que en el coche oficial, instalado junto al chofer el sargento Goodrich, ordenó Broderick:

—Al chalet «Sunrise».

Arrancó el coche, y Kitterman indicó:

—El chalet de la condenada embustera no es el «Sunrise». El «Sunrise» es el de *Madame* Ambriére.

—¿Sí? En el bolsillo de su americana llevaba usted una cartera con una libreta taquigráfica. Método... ¿Qué método, Goodrich?

Sin volverse, el sargento dijo:

—Pittmann, señor.

—Kitterman. La última línea de ocho signos... ¿qué decía, Goodrich?

»—¿Le habló A. P. de dos cadáveres femeninos»?

—Supongo que A. P., se refiera a Arthur Pilgrim. Preste atención, Kitterman. Yo le sacaré del atolladero del chalet de Betty, si usted me facilita detalles de los dos cadáveres femeninos. Un trato leal, ¿verdad? Porque mi natural vocación en estos momentos, sería boxearle con energía, hasta convertirlo en un guiñapo. Lo haré, si se empeña. Pero somos seres civilizados, y usted tiene que demostrármelo.

—Cometí un dispárate, al dejarme llevar de un insano impulso, porque apenas salí de hablar con Francis, en vez de dejarme seducir por el feo embrujo de Betty, era mi obligación ir a contarle todo lo que acababa de averiguar. Quisiera que comprendiera, teniente, que a veces el hombre más sensato se convierte en bestia.

—Nos acercamos ya al chalet, Kitterman.

Broderick miraba al frente. Como si estuviera pensando en otras cosas.

—Pilgrim estaba netamente borracho, y cuando citó dos cadáveres de mujer, pensé que podía ser una alucinación. No se lo dije a usted temiendo complicar la existencia a dos mujeres, desconocidas, pero mujeres. Y cuando Francis me lo explicó todo, pensé, que nada resolvería corriendo a contárselo a usted.

—Piensa demasiado, amigo mío. Una persona normal, cuando oye hablar de cadáveres a un hombre que luego es asesinado, debe ser más explícito con la policía.

Rodney Kitterman explicó detalladamente cómo tras citar telefónicamente a Bulver, había conocido a Betty Risko. Su conversación con Francis, y su encuentro al salir del chalet con la que no parecía esperarle.

Hacía ya minutos que, obedeciendo a una orden de Broderick, el coche se había detenido a escasa distancia de las cerrada verja del «Sunrise».

No había en el chalet más luces que las que iluminaban tenuemente la entrada.

—Doy por válida su declaración de que a no ser por Betty Risko, usted hubiese ido a revelarme lo que le confesó la francesa. De todos modos, sigue usted en un atolladero, Kitterman.

—Alguien me ha llevado a esta encrucijada. ¿Por qué? ¿Con qué fin? Pilgrim me habló de muchos cadáveres... ¡Al diablo con galanterías, mujeres, cadáveres y borrachos! Pilgrim al escaparse dio con un «placard» empotrado, que era a la vez pasadizo, desde el estudio

del chalet, donde le vigilaba *Madame*.

—Por orden, Kitterman. Está usted burbujeando incoherentemente.

Rodney Kitterman en el coche parado, fue explicando detalladamente, con progresiva elocuencia, hasta llegar al momento en que quitándose la americana, recibió un golpe.

Broderick dispuso:

—Usted, Goodrich, me deja a este periodista incomunicado. Pasando por comisaría, avise al jefe, para que venga a reunirse conmigo en este chalet.

Bajó Broderick después de haber trasladado su brazalete a la otra muñeca de Kitterman.

Vino Goodrich a sentarse al lado de Kitterman. El teniente Broderick se convirtió en una sombra más, y el coche, virando, reemprendió ruta hacia la comisaria rural de Santa Rosa.

⋆ ⋆ ⋆

Françoise Ambriére al reconocer en el visitante tardío, al teniente Broderick, se limitó a deducir que venía con el propósito de interrogar acerca de lo sucedido en el chalet de Betty Risko.

—Espero no ser inoportuno, *madame* —dijo, mientras la precedía encaminándose hacia el porche.

Ella prefirió abstenerse de contestar. Era mujer experimentada, y adivinaba bajo la amable suavidad exterior del policía, una dureza de pedernal, que brotaría a la menor chispa.

—¿Y su amiguita?

—Fue a Los Ángeles, para distraerse un poco.

—Puedo también aspirar a distraerme, si me acompaña hasta el lugar donde permaneció secuestrado originalmente durante treinta horas el joven Pilgrim.

—En el estudio, pero no era secuestro...

Giró sobre sus tacones el policía. Dio la sensación de describir una airosa vuelta de vals, pero sus ojos tenían densa agresividad.

—Le ruego, *madame*, que no me tome por un cándido. Mi labor es de por sí ingrata. No acentúe la nota áspera, obligándome a tildarla de embustera. Y por favor, no aluda a su Embajador, porque esta clase de funcionarios se abstienen cuando hay de por medio un secuestro, un difunto, y dos cadáveres. ¿Tiene la bondad de iniciarme cómo funciona el mecanismo que abre el «placard» empotrado? Si he de burearlo, se agravará su caso, *madame*. Si me ayuda, aunque sea tardíamente, puede que el juez estime atenuantes.

—Íbamos a abandonar la casa, y hubiéramos declarado...

—Todo en futuro, cuando es el presente y el ayer, lo que me interesa, *madame*.

François Ambriére se arrodilló tras el pequeño mostrador del bar que ocupaba la esquina del estudio. Lo que semejaba un panel de adorno, con rosetas talladas en la madera, fue corriéndose a un lado, al presionar ella varias rosetas.

Quedaba un espacio, donde un hombre inclinándose podía penetrar. Lo hizo Broderick para desembocar dos metros más allá en lo que, volviéndose a cerrar el panel inferior, era un armario empotrado en una alcoba.

En aquel espacio de dos metros de largo por uno y medio de alto, había dos cuerpos, uno de ellos en más avanzado estado de descomposición.

No exhalaban hedor, porque aquel compartimiento macabro tenía en sus cuatro esquinas, tubos desodorizantes.

Reconoció en los cadáveres, dos mujeres, por los zapatos y las prendas interiores en jirones, así como por la masa informe que antaño fueran cabellos.

Miró a la luz de su linterna, las diversas joyas... Aparecían tendidas una al lado de la otra.

Cuando llegó el comisario rural, Broderick permaneció como ausente. En aquella encuesta, de exclusiva jurisdicción del comisario de Santa Rosa, solo le interesaba lo que se refería a Brian Forbes, y a la posible identidad de las dos muertas.

Se marchó, dejando a Françoise Ambriére en su verbal combate con el comisario rural, en el despacho del poblado.

Conocía ya la identidad de una de las muertas. Era sin duda alguna, una modelo mejicana llamada Lola Gonzalo.

CAPÍTULO XI

La pelirroja se removía inquieta en su asiento. Hacía ya tres horas que esperaba en aquella comisaría, y a cada intento de inquirir las razones por las que estaba allí, el policía al cual ella preguntaba, se encogía de hombros.

Ellen Hayward solo obtenía una seguridad. Tenía que esperar a que llegase el teniente Broderick.

Esto acentuaba su desazón. Eran las once de la noche, cuando inquirió:

—¿Puedo telefonear?

El policía de servicio en la centralilla, mostró el teléfono sobre su mesa, Ella lo asió nerviosamente, marcó unos números, y al cabo de unos instantes, recitó velozmente:

—Soy Ellen Hayward, capitán. Estoy aquí en la comisaría del teniente Broderick. Llevo ya cuatro horas esperando. No me han dicho la razón. ¿Es legal esto?

El policía atendía otras llamadas. Abajo otro, tomaba nota de la conversación sostenida por Ellen Hayward y las respuestas de su interlocutor.

La copia de dicha conversación la entregó al teniente Broderick cuando este llegó a comisaría.

En la sala, se dirigió rectamente a su despacho, donde al poco entraba Ellen Hayward.

—Hola, Ellen. Siéntate, y tómalo con calma. Tenía un trabajo que me salió impensadamente en Santa Rosa, y que ha motivado este retraso. Estuve pensando en ti, así de pronto… porque tengo entre cejas una pieza que no encajaba en el resto del rompecabezas.

—Usted debe mostrarme la orden de arresto contra mí.

—Es lo único que el capitán O'Bradley ha podido aconsejarte, porque es lo legal. Ahora voy a pedir tu ingreso en celda. Tengo prisa, ¿sabes? Han averiguado ya que esta madrugada, no apareciste por tu piso hasta las siete, y habías salido a las cuatro y media de tu cabaret. Dímelo ya, Ellen, y todo quedará solventado. ¿Dónde escondiste la pistola con la que disparaste los tres balazos contra el hombre acurrucado bajo una manta y que creías era Rodney Kitterman?



—Yo le agradezco mucho su noble actitud, Kitterman.

—¡Yo no... escuche... le juro que usted...!

—Fue una casualidad, pero pensé que ayer precisamente habían denegado la revisión a Quentin Sampson, tu único varón sobre la tierra. Lo ido atrás, y darte cuenta que debido a la intromisión del periodista con sus burbujas, no podrías conseguir conquistarle el apoyo del capitán O'Bradley, te sacó de quicio. Tu adorado Quentin, al serle denegada la revisión, no saldría de presidio, antes de diez años. Y todo por culpa de Kitterman, un entrometido, ¿verdad? La lástima es que te

equivocaste, y mataste a un muchacho llamado Pilgrim. Pero tienes suerte. Aquí hace constar uno de mis hombres, que esta mañana dormiste profundamente, satisfecha en tu supuesta venganza, y no asomaste hasta las tres de la tarde. Por lo tanto, no le disparaste otros dos balazos al periodista. ¿Vas a ser buena, Ellen? Estoy cansado, y te guardaría rencor si me impusieras horas extraordinarias. Te beneficiarías del error, tu físico influiría en el jurado que casi te considerará una heroína, fiel a su amado... Muy patético, Ellen. No sigas negando con la cabeza. Han encontrado las huellas de un neumático recauchutado, en el sendero posterior al chalet de la Segunda Colina. Pertenece a tu coche. Anda, sé buena, y Goodrich tomará por escrito toda tu historia. ¿Tiraste la pistola al mar, o entre pinares?

Desde la puerta, llamó Broderick, y apareció Goodrich. Ellen Hayward, abatida, recordaba lo dicho por el capitán O'Bradley:

«Si Broderick ha dispuesto que te retengan, Ellen, harás mejor en cantar de pleno, si tienes algo en la conciencia. Te ayudará si no mientes. Te pateará y hundirá, si le haces perder tiempo».

—Ellen se lo va a cantar todo, Goodrich, y lo haremos constar así, ¿verdad, nena?

Dócilmente se levantó ella. Dijo:

—Lo siento por Pilgrim. Yo no quería matarle.

—Muy bien, Ellen. El jurado lo tendrá en cuenta. Vete a aquel rincón, junto a la máquina, donde Goodrich tornará tu declaración.

Ellen Hayward fue a sentarse en: el sitio indicado.

—¿Qué hay del periodista, Goodrich?

—Estaba inquieto, y molesto por su tumefacción. El médico de servicio le ha inyectado un calmante. Duerme.

—Mejor para él. Yo no puedo dormir.

John Broderick recogió su abrigó, tras afeitarse y acicalarse. El terreno en el que ahora iba a caminar no era tan fácil como el habitual en que se movía Ellen Hayward, la amante del «gangster» Quentin Sampson.

Porque Ellen Hayward carecía de inteligencia, y a solas, llevada de sus propias pasiones, fallaba.

Pero Betty Risko era muy distinta. Había aceptado trasladarse a su piso de Los Ángeles, atendiendo a la invitación particular del teniente Broderick, «para no tener que ser importunada por exhortos, y terminar cuanto antes con la encuesta acerca de la muerte de Brian Forbes».

Y a las once menos cinco, cuando llegó a Los Ángeles y telefoneó al piso, ella misma había contestado:

—Esperaré su visita, teniente. No duermo hasta avanzada la noche.

La distancia no era mucha, y mientras caminaba hacia el edificio de departamentos lujosos, Broderick filosofaba. Era extraño que un hombre inteligente como lo era Kitterman, conceptuara a Betty Risko como una «embustera estúpida».

Tal vez podía ser embustera, pero de estúpida no tenía más que la voluntaria procacidad, y la fingida risita.

Una doncella, alquilada con el departamento, abrió la puerta, recogiendo el sombrero y el abrigo.

Broderick entró en un salón decorado en blanco y esmalte plata. Los muebles tubulares y el acuarium, acentuaban la impresión de nitidez.

Lo único turbio era Betty Risko, con su guedeja de cabellos a lo «Veronika Lake», el lazo rojo en la nuca, los escarpines negros, y la bata floreada.

Señaló la mesita donde había emparedados, dulces y trasquilas de cristal tallado.

—Un refrigerio a medianoche, no le vendrá mal, teniente.

—Gracias —dijo él, sentándose y cogiendo un pastel de crema.

—¿Qué dice, Kitterman?

Broderick comía con fruición, y miró el licor color fresa que ella escanciaba en una copa de alto papel.

—Kitterman ha firmado su declaración. No recuerda nada a partir del momento en que recibió el golpe primero... Pasa a menudo. Recuerdo que uno, tras una pelea homérica donde tumbó a tres, solo recordaba que había hecho ejercicio.

—Rodney se puso como enajenado, a medida que iba bebiendo. Y cuando Forbes entró en mi alcoba, me asusté. Quise evitar que fuera al estudio, pero me empujó. De todos modos, no creí que terminase a tiros...

—Olvídese ya de este. Lo que me interesa, es conocer el pasado de Forbes. Cuando estaba en el «Sunrise». ¿Era ya su novio?

—Nunca fue mi novio por completo —sonrió ella—. Era muy celoso, se ponía desagradable. Verá... EL pintaba, y como éramos vecinos me pidió que posara para él. Accedí, y me pintó en la playa. Un cuadro horrible.

—Tengo entendido que llevaba muchas mujeres al chalet.

—Era pintor de figuras femeninas.

Broderick sacó una fotografía de su cartera. La tendió.

—¿Recuerda usted a esta modelo?

Betty Risko miró a la que estaba plasmada en escorzo, adosada contra el capó de un «Vanguard».

—Esta foto la encontramos entre los papeles de un cajón, en el piso de Brian Forbes —dijo el teniente.

—Esta muchacha se llamaba Lola. La recuerdo muy bien. Era mejicana, pero llevaba mucho tiempo residiendo por los Estados.

—Tiene un cierto parecido con usted. Lejano, pero visible...

—Ella era trigueña, y de ojos verdes. Además era más alta que yo. Tenía mal carácter, me dijo Brian. Y les vi pelear con frecuencia, desde mi «solárium».

—Había también cierta mujer, rubia, alta, llamada Maryan...

—¿Maryan Linders? No era modelo. Era dependienta de una zapatería. Muy bonita. Delicadísima. De ese tipo de ojos azules, soñadora, etcétera. Es más, creo que aunque lo negase, Brian Forbes se había casado con ella. Desapareció de pronto, y me dijo Brian que por incompatibilidad de caracteres, ella se había ido a Reno a pedir el divorcio, donde debe seguir, ya que no la he vuelto a ver más.

—¿Fue antes o después de Lola?

—Mucho después. ¿Por qué le interesan tanto estas dos?

—Es que parece que Brian Forbes las envenenó...

—¡No!

—Sí —sonrió Broderick—. Un pequeño Landrú californiano. Y seguramente pensando que lo más difícil es hacer desaparecer el cuerpo del delito, ingenió una tumba mucho más difícil de hallar que si hubiera enterrado a las dos en el jardín. En un «placard» igual al que hay en el estudio del chalet de la Segunda Colina, propiedad de Kitterman. Por cierto, Kitterman niega afanosamente haber dedicado a usted ninguna fotografía.

—Yo creo que Rodney, a instantes, se comporta como un demente.

—Eso creo también. ¿Usted se fijó bien en el «placard» que hay junto al pedestal con la estatua de Afrodita, en el estudio de Kitterman?

—No, no me fijé.

—Está al lado mismo de la estatua.

—No me fijé.

—Pues en un lugar igual, escondía Forbes los cadáveres de las mujeres envenenadas. Están cavando el jardín, y rebuscando por la casa. Se ha demostrado también que fue él quien disparó desde su «Vanguard» contra Kitterman. Niega este que conociera a Forbes.

—No se conocían personalmente. No sé por qué, pero Brian tenía muchos celos de Rodney. Y conste que yo no soy ninguna mujer fatal. Ellos son los que se empeñan en tonterías. Se figuran que porque tome unas copas y baile con ellos, ya tienen derechos exclusivos. ¿Se va ya, teniente?

—Desde esta madrugada me han impuesto los acontecimientos

mucha actividad. Tengo que descansar.

Ella se levantó. Dijo seriamente:

—Los periodistas no me dejan en paz. Tan pronto quede ultimado el expediente, me iré a pasar una temporada a otro Estado.

—Muy bien hecho. No necesita usted propaganda.

En el recibidor, mientras recogía de manos de ella, su sombrero, preguntó de pronto:

—¿Es indiscreto preguntarle la fuente de ingresos, que le permite mensualmente depositar en el «Pacific Bank», unos dos mil dólares, señorita Risko?

—Hay respuestas indiscretas, teniente.

—Séalo, por favor.

—Los hombres, cuánto más rebeldes somos, más nos asedian con obsequios, que convierto en moneda.

—Es verdad que hay hombres así, afortunadamente para las mujercitas listas como usted.

—¿Es insulto o elogio?

—Ambas contradicciones se complementan.

Emitió ella su risita, y se interpuso cuando él se disponía a abrir la puerta.

—Estoy pensando que fuera de servicio, debe usted ser muy difícil de convencer, teniente.

—Depende por quién. ¿Le parezco fácil, estando de servicio?

—Me parece amable engañosamente.

—Usted no engaña en cambio. Se parece bastante a la estatua de Afrodita del estudio de Kitterman.

—Deje ya la dichosa estatua de Kitterman. Yo soy muy de carne y hueso.

Apartó él por la cintura a Betty Risko, sonriendo. Abrió y dijo:

—Al menos para Kitterman, ha sido usted un hueso. Mañana volveré...

—Suena a amenaza.

—Soy así, cuando me apasiono.

—¿Pasión?

—Estoy de servicio, y me refiero a la pasión bestial que me provoca oír mentiras.

Cerró él, desde fuera. Betty Risko se reclinó contra la puerta, reajustando su bata, y cruzándose de brazos. No había peligro. Todo estaba bien planeado. La despedida del policía era «profesional». Sin embargo, tardó en dormirse.

CAPÍTULO XII

A las nueve de la mañana, Hugo Volberg, desmontó del potro con el que había recorrido repetidamente el campo de polo, hasta acostumbrarte al manejo del «stick», vibrando a cada lado de sus belfos.

Se quitó el jersey por el camino hacia la piscina, y poco después nadaba rítmicamente, sus cuatrocientos metros.

Desayunó en albornoz, bajo el toldo. Desplegaba uno de los periódicos, cuando un criado presentó una bandejita.

Recogió la tarjeta, y leyó:

«John Broderick.
»Teniente B. I. C.».

—Dígale que voy al instante.

A Broderick, Hugo le pareció la imagen distinguida del deportista.

—Buenos días, teniente. Excúseme, pero me vestí apresuradamente. ¿En qué puedo servirle?

—Como no ignorará, ayer detuve a Kitterman. Había matado a un hombre en pelea en la casa de una vampiresa llamada Betty Risko. Creo que usted pensaba presentar una denuncia contra Kitterman, por calumnias.

—Esta era mi intención. Pero como de momento, ya tiene Kitterman trabajo suficiente con defenderse de su homicidio, prefiero abstenerme hasta el regreso de mi viaje de bodas.

—¿Ha leído lo referente a las mujeres encontradas en el chalet de las parisinas?

—No he tenido tiempo de leer aún la Prensa.

—Una de las muertas se llamaba Lola Gonzalo.

—¿Lola Gonzalo? Fue modelo de un pintor amigo mío.

—No sabía que Brian Forbes era amigo suyo.

—¿Forbes? ¿Brian Forbes? No sé... Al hablar de un pintor amigo mío, me referí a Rupert Van Dyrk.

—Kitterman afirma que usted protegió mucho a Brian Forbes.

—Una mentira más en su haber. Era muy mal pintor Forbes. Nadie con sentido común le hubiera comprado un solo lienzo.

—Sin embargo, vivía espléndidamente. ¿Conoció usted a una señorita llamada Maryan Linders?

—No. En absoluto... Un momento, teniente. ¿Cómo debo considerar estas preguntas? ¿Oficiales? ¿Cuál es el motivo de su visita?

—Particular. Como existen coincidencias relacionadas con la muerte de Forbes, pensé que usted podía aportar aclaraciones. Usted conoció a Lola Gonzalo, a Brian Forbes...

—Como conozco a millares de personas relacionadas con las Artes.

—¿Estuvo alguna vez en el chalet que en Santa Rosa tenía alquilado Brian Forbes?

—Una vez que fui a bañarme en la playa de Santa Rosa, se empeñó en que viera sus cuadros. Horribles esperpentos. Creo que no me perdonó mi sincera opinión. Son muy vanidosos los artistas.

—¿Conoce usted a Betty Risko?

—Insoportable criatura. Varias veces ha pretendido insinuarme que es la rediviva Mesalina. En confianza, le diré que Betty Risko obtiene lo que quiere de los hombres débiles... Sabe prometer mil paraísos, dejando en el umbral a sus necios perseguidores.

—Una definición acertada. Durante esta noche, he tenido a cuatro agentes trabajando a base de los antecedentes de Rupert Van Dyrk.

—¿Van Dyrk?

—Por su relación con Lola Gonzalo, una de las dos mujeres, al parecer, envenenadas por Brian Forbes. Según se deduce, Lola Gonzalo estuvo con Van Dyrk hasta que este murió en el sanatorio. Después, posó para pintores en Nueva York. Vino a Los Ángeles, y en su alojamiento recibió visitas de diversos caballeros. Usted es bastante conocido, señor Volberg.

—Comprendo. Sí, en efecto, yo visité a Lola. Pero no como Adán, sino como coleccionista de cuadros. Quería saber qué había hecho. Van Dyrk con unos lienzos que me interesaban. Lienzos que Kitterman insinuó veladamente que yo había robado. Pasión de coleccionista. Hoy por hoy, no necesito robar cuadros, por mucho que sea mi apasionamiento artístico. Lola me dijo que Van Dyrk había quemado sus lienzos. Era un espíritu difícil. No quiso venderme uno de sus cuadros, y prefirió morir en la miseria. Como un Gauguin, sin la isla.

—¿Le sería muy molesto acudir a la hora que mejor le convenga, y declarar su decisión de demandar judicialmente a Kitterman?

—¿Qué nuevas inmundicias ha imaginado Kitterman?

—Usted mismo las puede oír, si accede a verle en mi comisaría... Está incomunicado.

—Cuando quiera, teniente.

—¿A las once, señor Volberg?

—De acuerdo.

—Estará también presente Betty Risko. Como usted, es objeto de acusaciones absurdas por parte de Kitterman. Le advierto, señor Volberg, que está usted en su pleno derecho si se niega a acudir. No es

un trámite legal, sino puramente privado.

—Pero, ¿qué es lo que en definitiva dice Kitterman?

—Me temo que será objeto de un detenido examen psiquiátrico. Llega a negar que mantuviera relación alguna con Betty Risko. Si a las once no ha ido, señor Volberg, ya le enviaré la relación por escrito de las inmoralidades que insinúa Kitterman.

—¿Sabe usted que está enamorado de Leila, mi prometida?

—Ya me lo figuraba... Esto complica muchas cosas. Me voy ya. Tengo que ir a visitar a Betty Risko. Ayer noche me dijo ciertas cosas, que esta mañana he comprobado eran falsas. Hasta cuando usted quiera, señor Volberg.

—Acudiré sin falta a las once. Es necesario que, loco o no, Kitterman deje ya de calumniar. El origen de su odio hacia mí, es un error. Creyó que tuve culpa en el fin mísero de Van Dyrk. Hasta luego, teniente.

Hacia el coche, Broderick sonreía para sí mismo. Era necesario, mentir desvergonzadamente, en su profesión, para obtener la verdad.

Sobre todo, si la verdad se encontraba muy hundida en un pozo oscurísimo.

* * *

Rodney Kitterman tuvo la impresión de salir de un pozo hondísimo, al abrir los ojos. Lo último que recordaba era la frialdad profesional con la que un médico le inyectaba un calmante.

En la celda, cómoda, la luz eléctrica indirecta impedía saber si era de día o de noche. Repicó con los nudillos en la madera acorchada, cuando se hubo aseado en el lavabo donde grifo y pila eran de plástico.

No había nada que permitiera colaborar en el suicidio de los allí recluidos.

Se entreabrió la mirilla, y un rostro desconocido interrogó:

—¿Qué desea?

—Muchas cosas, amigo. Saber si puedo tomar café, hablar con un abogado, y como me han quitado el reloj, lo mínimo a que aspiro es a saber la hora que es.

Cerraron la mirilla. Empezó Kitterman a pascar por la celda. Un policía entró, invitando:

—Venga, Kitterman. Tomará café y también podrá telefonear a un abogado. Este es su reloj. Tiene cuerda. Son las diez y quince de la mañana.

—¡Demontres! Pero si entré aquí hacia las ocho de la noche...

Siguió tras el policía, subiendo unas escaleras, hasta entrar en una

sala-locutorio, apta para las consultas de tres abogados defensores, que simultáneamente en tres distintos pupitres, podían ponerse de acuerdo con sus clientes.

John Broderick despidió al policía, que acompañaba a Kitterman, el cual casi se abalanzó sobre la taza de café que se hallaba al otro lado del pupitre, tras el que se sentaba el teniente detective.

—Cuando se encuentre despejado, eche un vistazo al cuestionaste adjunto. Corresponde a la labor policíaca, muy distinta a la periodística, Kitterman. Van a venir Betty Risko y Hugo Volberg. Usted para Volberg es un vertedero de inmundicias. Pero si se fija en el cuestionario adjunto a unas cuantas investigaciones que llevo realizadas, se maravillará de lo aplastante que es el refrán: pastelero a tus pasteles.

Kitterman leyó con creciente asombro. Interrumpía, a veces, su lectura para lanzar una exclamación estupefacta.

Por fin, dijo:

—Usted es la quintaesencia de la ciencia investigadora, teniente. ¿Cómo pudo atar hilillos tan finos hasta trenzar una sólida soga como esta?

—No cante triunfo tan pronto. Ni Betty ni Volberg son tontos. Le llamarán demente, aunque yo intervendré declarando oficialmente, que serán comprobadas las insinuaciones que usted hace.

—¿Yo? ¡Nunca se me habría ocurrido este interrogatorio!

—Gracias por su reconocimiento de que cada cual debe atenerse a su oficio. Le dejo solo para que asimile bien la actitud que debe adoptar en su próxima entrevista, primero con Betty, después con Volberg.

* * *

A las once menos diez minutos entraba Betty Risko, en compañía del sargento Goodrich, que sacó un bloc y un lápiz.

—Hola, Rod. Lo siento, pero tuve que declarar lo que sucedió.

Rodney Kitterman asintió, serio el semblante.

—Cumpliste con tu deber de conciencia, como yo ahora cumpliré con el mío. En tus declaraciones dijiste que hace ya tiempo que nos conocíamos. Que acudías a la casa de la Segunda Colina, cuya topografía inferior, cualquiera puede conocer porque los planos están en la agencia que me lo alquiló. Si estábamos tan íntimos, no pudo pasarte inadvertida la estatua de Afrodita que tengo en el estudio, junto a la rinconera del bar.

—No recuerdo haber visto allí ninguna estatua. Ahora que si insistes...

—En lo que insisto es que hay una estatua de Afrodita.

—Como quieras...

—Como quiero, no. Como es.

—¿Qué pretendes, Rod? ¿Hacer creer que nunca estuve en tu casa?

—Esto solo tú y yo podemos demostrarlo. Lo que se demostrará es que la foto que dices te dediqué, era propiedad de Lola Gonzalo. ¿Y cómo podías tú tener una foto, si no era porque entraste en posesión de ella cuando te la dio quien mató a Lola Gonzalo?

—Brian Forbes no tenía por qué darme fotos de otras.

—Habiendo sido tan grande nuestra intimidad, que provocó el afán de matarme en Forbes, dime en qué hombro tengo una cicatriz de cinco centímetros.

—En el izquierdo.

—Tuviste tiempo de verlo allá en tu chalet, cuando después de pegarme a traición, colocaste el cadáver de Forbes. Porque tú mataste a Forbes, nena.

—Pobrecillo Rod. ¿Por qué iba yo a matar a Forbes?

—Para que definitivamente, quedara zanjada la difícil cuestión de las dos muertas que había descubierto Pilgrim. Ahora, muerto Forbes, todo está claro. El mató a Lola Gonzalo y a Maryan Linders, su esposa. Al menos, así figura en el registro matrimonial del juez Stevenson. Brian Forbes contrajo matrimonio con la dependienta de la zapatería «Thorens» Maryan Linders. Averiguarán de dónde proceden los dos mil dólares mensuales que ingresas.

—También averiguarán los psiquiatras que estás enfermo, querido.

—Pero yo me curaré. Tú no. Volvamos a la estatua. No figura en el plano. ¿Está o no en mi estudio?

—Bien. Está en tu estudio. ¿Complacido ya?

—Lo estaré más cuando las investigaciones demuestren lo que sostengo. Dijiste que ibas a ponerte el bañador. Yo estaba mareado, y pudiste tumbarme sin dificultad. Forbes estaba escondido, a raíz de que falló los dos disparos en el aparcamiento de coches. ¿Por qué me disparó? Porque alguien le dijo que yo quería averiguar lo referente a los dos cadáveres. ¿Cómo averiguaste que había dos muertas en el «placard»? Esto ya lo dirás a su tiempo, pero a partir de entonces Forbes te remitía dos mil mensuales, para que callaras. ¿Y de dónde sacaba Forbes tanto dinero? De la persona que mató o te hizo matar a Forbes. Por mí sargento, ya puede hacer desaparecer a esta mujerzuela.

—Sin ofender, Napoleón —rio ella.

La puerta, abriéndose, cedió paso al teniente Broderick, que entró seguido por Hugo Volberg.

Impecable, Volberg saludó:

—Buenos días, Kitterman. Creo que ya es hora de que siente usted la cabeza.

—Le presento a Betty Risko, Volberg —dijo Kitterman, pálido.

—Ya conozco a la señorita Risko. ¿Qué tal, Betty?

—Lo que usted diga, Hugo. Le advierto, teniente, que este hombre tiene una imaginación portentosa.

—Es un intelectual—: comentó, secamente, Broderick —.Yo no. Este hombre ha pedido un careo con usted, Betty, y con usted, Volberg. Eran ustedes libres de negarse. Pero ahora ya estamos todos. Adelante, Kitterman.

Rodney Kitterman desenrolló la hoja escrita a máquina. Antes de leerla, dijo:

—Son elucubraciones, pero no burbujas inconsistentes. Cuanto voy a leer es mi reconstrucción de los hechos. La policía indagará los puntos que queden por aclarar ¿Preparado, Volberg?

—Estoy siempre dispuesto a oírle burbujear, amigo mío...

Rodney Kitterman empezó a leer, lo que compendiaba deducciones de Broderick y sus propias anotaciones, cuando a solas, pudo en espera de Volberg y Betty Risko, rellenar lagunas.

> «Al morir Van Dyrk, Lola Gonzalo en herencia particular, entró en posesión de unos lienzos. Supersticiosa, había jurado a Van Dyrk que si los vendía a Hugo Volberg, no hallaría paz en la tierra. Cuando Volberg fue a verla para comprarle el lienzo que representaba un paisaje de Nuevo Méjico, ella se negó. Pero consta que le fueron vistos estos lienzos, que vendió, menos el de Nuevo Méjico, que siempre estaba en su alojamiento.
>
> »Hay constancia de que conoció a Brian Forbes, con el que fue a su chalet. Desaparecen Lola Gonzalo y el lienzo.
>
> »Hay constancia de que Hugo Volberg, que adquiría sus zapatos en la casa «Thorens», intentó durante quince días asediar a una dependienta llamada Maryan Linders. Abandonó el asedio, porque Maryan Linders parodiando a Eugenia de Montijo, a todos los requerimientos amorosos de Volberg, contestaba: “Por la vicaría, señor Volberg”.
>
> »Aparece, entonces, Brian Forbes, y se casa con Maryan Linders. ¿Cuándo descubre Betty Risko la relación estrecha entre las muertes de Lola Gonzalo, Maryan Linders, y la secreta alianza de Brian Forbes y Hugo Volberg?
>
> »¿Cuándo propuso Volberg a Forbes servirle de testaferro para obtener el lienzo de Van Dyrk? Las peleas entre Lola Gonzalo y Forbes las atestiguará cualquier habitante de Santa

Rosa. Es lógico suponer que en una de ellas, el pintor mató a Lola.

»¿Maryan Lindera? Debía estar muy sorprendida cuando, cierta noche, apareciera Hugo Volberg, coleccionista de cuadros, y también de hermosas honestidades».

Miró Kitterman a Volberg que, impasible, dijo:

—Un espléndido argumento policíaco, Kitterman. Cambiando los apellidos, en presidio, podrá escribirlo.

Rio Kitterman complacido, casi sádicamente:

—Los periódicos lo escribirán con los apellidos adecuados. Prosigo, Volberg.

«Posiblemente, Maryan Linders murió por oponerse a la infamia planeada entre Forbes y Volberg. Quedó Forbes encargado de hacer desaparecer el cuerpo, al igual como había hecho con Lola. ¿Creyó seguro el «placard», o se reservaba dos esqueletos para ir siempre viviendo de renta de chantaje sobre Volberg?

»Va a Nueva York, donde decía que vendía sus cuadros, falsedad demostrable. Se olvida de avisar a la compañía «Wensley Beach» que alquila el chalet a dos francesas.

»Cuando regresa, Forbes se pone furioso, llamando la atención del procurador Funker de la citada compañía. La insistencia de Forbes por conseguir, cuando menos, y al precio que fuera, indemnizar a las francesas para que abandonen de inmediato el chalet, está ahora explicada.

»El infortunado Pilgrim habla de cadáveres. Volberg hace comprender a Forbes que yo descubriré las dos muertas. Forbes quiere matarme. No lo consigue. Volberg le dice que se esconda en casa de Betty. Yo iré fatalmente al chalet, en averiguación de lo que me explicó Pilgrim. Betty tratará de conquistarme. No le resultó difícil.

»Y, entonces, firma magistralmente Volberg. Mata o hace matar a Forbes. Nunca se descubrirá otro criminal que Forbes. Yo mismo tendré que admitir que los dos cadáveres en el «placard», fueron propiedad exclusiva de Forbes.

»¿Cuánto va a cobrar Betty Risko? La ex partiquina teatral, fracasada en Hollywood, encontró una mina por ser vecina de Forbes. Capitaliza Volbergs, sin aparecer para nada. Y yo quedo terminantemente desprestigiado como borrachín que mata en pendencia por una mujerzuela.

—¿Qué tal, Volberg?

—Ya le he dicho que es un argumento pasable. Pero en estas tramas, siempre es necesario lo primordial. Que la policía aporte las pruebas, y por más inteligente que sea el teniente Broderick, mal podrá encontrar verosimilitud en las elucubraciones de un periodista que me odia. He hecho acto de presencia y le he oído, Kitterman. También le ha oído la señorita Risko. Cuando le sentencien por la muerte de Forbes, le haré procesar por difamación. ¿Algo más, teniente Broderick?

—Poca cosa. No debía Forbes estar muy seguro de su constante protección, Volberg. Dejó algo escrito en una caja particular del Banco Californiano de Nueva York. ¿No se lo había dicho a ustedes dos? Caramba... Debía ser un sujeto muy despreciable este Forbes. Aquí en este sobre, y escrito de puño y letra por Forbes, aparece cuanto acaba de exponer Kitterman. ¿Quiere comprobar la letra, Volberg? Los peritos calígrafos la han dado ya por legítima.

—¡Mecenas! —rio Kitterman, lívido de furor contenido—. ¡Mecenas!

Lo que siguió fue descrito en su casa por el sargento Goodrich como «un pandemónium coreano».

Kitterman y Volberg acometiéndose, mientras Betty Risko, histéricamente descompuesta, lanzaba toda clase de obscenos insultos contra Brian Forbes.

Entró en acción Broderick. Era tan ágil como contundente, pero se dedicó parcial y alevosamente a dominar al exasperado Hugo Volberg.

«El escándalo del año», pregonaron los periódicos.

«El coleccionista de cadáveres», era apodado Hugo Volberg.

* * *

Leila Morrison se sentó en el banco del parque. Miró su reloj.

En punto, las doce. Tras ella, Kitterman saludó.

—Llevo media hora eterna, Leila. No me mires, o no sabré hablar. Tú podrás ser mi redención. Lo que te escribí en estos días largos de reclusión, hasta que me sacó libre Broderick, no son burbujas... Mujeres como Lola, como Betty, como todas ellas... existían porque nunca amé limpiamente como cuando te vi... Y, además, aunque sea por agradecimiento, fíjate... O divorcio, o el «placard»... Tú puedes inspirarme deseos de grandes obras. Seré alguien contigo.

Ella contestó tan solo:

—Podemos intentarlo, Rod.

EPÍLOGO

El teniente Broderick fue citado muy elogiosamente. Solo al propio Kitterman le confesó el «arranque» de su éxito.

—Usted no hubiera negado su intimidad con Betty, porque le gustaba aparentar un cinismo estúpido. Lo más difícil fue separar la actuación de Ellen Hayward, y el resto.

—El golpe maestro fue el sacar el diario de Forbes.

—¿Qué diario? Ah... Reconozco que era el resorte que hizo dispararse a Volberg y a Betty.

—¡Demontres! ¿No tenía Forbes una caja particular...?

—Y yo tengo peritos caligráficos, excelentes, cuando para no perder tiempo que debo al honorable contribuyente, necesito un «resorte». Es un secreto entre nosotros. Lo conservará porque no dudo que con Leila, usted se va a convertir en un honorable contribuyente.

Al despedirse, dijo Kitterman:

—Usted es el Maquiavelo de los detectives.

—¿Maquiavelo? ¿Quién es ese? Eche la burbuja. En su estilo alambicado de Arnaldo French, definió Kitterman:

—«Un encéfalo sinuoso cuyo ramaje forma lianas sombrías, pero que venero, ya que permiten con sus tinieblas que florezca la humilde violeta de la veracidad».

El teniente John Broderick, aquel mismo día, adquiría algunas biografías de Maquiavelo. Modestamente, juzgó que había gran parecido entre el italiano y su carácter.

Pero él le aventajaba, porque en el siglo XX, el mundo era mucho más complicado que en el violento pasado.

FIN

Ultimas novedades de

EDITORIAL BRUGUERA



COLECCION PIMPINELA

Núm. 372 - Agatha Mar
▪ UNA ESPOSA SINGULAR

Núm. 373 - Carlos de Santander
▪ ESE ODIOSO INDIVIDUO

Núm. 374 - Amparo Lora
○ EL AVENTURERO

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION MADREPERLA

Núm. 268 - Trini de Figueroa
▪ EL ALMA CINCELADA

Núm. 269 - Arnaldo Visconti
▪ HASTA QUE AMANEZCA

Núm 270 - M.ª Carmen Rey
○ LA SOMBRA DE UN ENIGMA

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION ROSAURA

Núm 212 - Jesús Navarro
▪ RECUERDO PELIGROSO

Núm.º 213 - Corín Tellado
▪ LEONOR

Núm. 214 - Arnaldo Visconti
○ EVA CONTRA TODOS

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION AMAPOLA

Núm. 98 - Encarnita Molinero
▪ TINIEBLAS EN SU MEMORIA

Núm. 99 - Luis Masota
▪ FIERECILLA

Núm. 100 - Carlos de Santander
○ LA VIDA EMPIEZA HOY

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION BISONTE

Núm. 313 - Mark Halloran
▪ ¡VOLAD, INSECTOS DE PLOMO!

Núm. 314 - A. Rolcest
▪ LA COLINA DE LA MUERTE

Núm. 315 - Cliff Bradley
○ EN DEUDA CON EL CRIMEN

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION BUFALO

▪ Núm. 7 - Chas Logan
LA SINFONIA DE LA POLVORA

○ Núm. 8 - Keith Luger
LOS DESERTORES

○ Núm. 9 - Raymond Pratt
CUENTA SALDADA

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION SERVICIO SECRETO

Núm. 177 - Alar Benet
▪ ASESINATO EN EL WALDORF

Núm 178 - Vic Peterson
▪ EL CASO DEL LANDRU CALIFORNIANO

Núm 179 - Tony M. Tower
○ PASAPORTE AL INFIERNO

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION ALONDRA

Núm. 51 - Carlos de Santander
▪ SUCEDIO EN LA CALLE

Núm 52 - C. de Monterrey
▪ CORAL

Núm. 53 - Mª Adela Durango
○ EL ZAPATO DE LA CENICIENTA

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

▪ Volúmenes recientemente aparecidos.

○ Volúmenes de próxima aparición



Printed in Spain

Precio: 5 ptas.